EL TEATRO MODERNO

Tomo 11.
- 51 -

EL LLANTO

POR

PEDRO MUÑOZ SECA

PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS

16693

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elllantocomediae5155muoz

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 19 SEPTIEMBRE 1926 NUM. 51

Pedro Muñoz Seca

EL LLANTO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL,
DE MADRID,
EL 15 DE DICIEMBRE DE 1924

11

PRENSA MODERNA
MADRID

16 pesetas

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

Una mujer sin importancia

POR

Oscar Wilde

PORTADA DE

VARELA DE SEIJAS

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID

Al ilustre santanderino

Ramón de Solano

admirable escritor, gran poeta,
caballero intachable.

862.8
T257
no.51-55

643728

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosalía...	*Hortensia Gelabert.*
María Isabel...	*María Guerrero López.*
Doña Blanca...	*Ana Guerrero.*
Josefina...	*Joaquina Almarche.*
Carmen...	*Encarnación Bofill.*
Blanquita...	*Leonilda López.*
Don Mario...	*Ricardo Yuste.*
Don Gaspar...	*Emilio Thuillier.*
Rafael...	*Fernando Díaz de Mendoza Guerrero.*
Don Felipito...	*Nicolás Díaz Perchicot.*
Paquito...	*Carlos Díaz de Mendoza.*
Paco...	*Mariano Díaz de Mendoza.*
Celedonio...	*Juan Vázquez.*
Hipólito...	*José Capilla.*

ACTO PRIMERO

Lujosa habitación en casa de Don Mario Zaldívar. Puerta de entrada en el foro y dos puertas en el lateral izquierda (actor). En Madrid, en octubre, a las cuatro de la tarde, en nuestros días.

(Al levantarse el telón entran en escena, por la puerta del foro, Celedonio, Don Paco y Paquito. Celedonio es un criado de la casa. Don Paco un señor como de cincuenta años, de aspecto pueblerino, y Paquito un pollastre de diez y ocho años, mucho más pueblerino que su padre y, además, un birrión espantoso. Pies grandes, manos grandes, cabeza gorda, cara de "pasmao" y con unas hechuras de pollo litri que no puede con ellas. El traje se lo han hecho en el pueblo, y como él ha crecido un poco y el sastre escatimó lo que pudo, pues los pantalones le están estrechos y cortos, las mangas cortas y estrechas, la chaqueta algo escasa y con un respinguito detrás, y el cuello de la americana está tan acasullado, tan despegado y tan desbocado, que parece que le ha dicho al resto de la prenda: "Ea, yo me voy..." A pesar de la indumentaria y de la gibia natural de la criatura, Paquito se cree un pollo bien.)

CELE. *(Que es andaluz.)* Pase por aquí.

PACO. *(Que también es andaluz, lo mismo que su hijo.)* Me sé el camino de memoria. Tos los años vengo por esta época a estos mismos menesteres. Pasa, Paquito...

CELE. *(Cayendo de su burro.)* ¡Claro está, señó!... Ya desía yo que lo conosía a usté... Como que en cuanti que le vi entrá le dije a Ramona la doncella: "A este tío lo conozco yo." Y ya lo creo que lo conosía. Usté es don Francisco

Sanjuán, el que lleva en arriendo la finca grande que tiene er señó en Estepa.

PACO. *(Muy satisfecho.)* Sí, señó. Veo que hay fisonomía.

CELE. *(Por Paquito.)* El detalle de aquí, der pollo, era lo que me despistaba una mijita. Como siempre ha venío usté a Madrí solo...

PACO. Es mi hijo. Ha terminao ahora en sertiembre er grado de bachillé y lo traigo pa dejarlo aquí a que estudie.

CELE. Eso está muy bien. Pues na, tomen ustés asiento, que vi a pasá recao.

PACO. *(Sentándose.)* Bueno, hombre. Siéntate, Paquito. *(Paquito se sienta patiabierto y despatarrado.)*

CELE. Claro que ar señó no le puedo avisá, porque no está en casa; pero le avisaré a don Felipe el administradó, que es lo mismo.

PACO. Don Felipe seguirá tan famoso, ¿no?

CELE. Sí, señó, con sus ochenta y siete cumplíos, y hay que verlo. Más ágil que nosotros y con más sentio y más talento que nosotros. ¡Vaya un naturá de hombre!

PACO. De esos cocos, pocos, amigo. A esa edá no llegamos ni usté ni yo. ¡Qué digo a esa edá...! Con lo de prisa que hoy día se vive... Y uno, menos mal, porque en los pueblos se defiende uno mejó; pero usté, viviendo en Madrí... Usté los cincuenta no los cumple.

CELE. *(Algo amoscado.)* Hombre, don Francisco, que yo no le he hecho a usté na malo.

PACO. Es un desí, amigo; no es un deseá.

CELE. Está bien. Voy con su permiso a avisá a don Felipe.

PACO. Bueno, hombre; vayasté con Dió. *(Se va Celedonio por la primera puerta de la izquierda.)*

PAQUI. *(Que siempre "espatarrao" lo mira todo.)* ¡Ajú, papá, qué casa!

PACO. Pos toa es lo mismo. Hay cada mueble que quita er sentío. Y tos antiguos, que son de más

mérito, porque tienen ya las maderas curás. ¡Y una de plata, Paquito...!

PAQUI. ¡Ajú!

PACO. El comedó es un ascua. Se vencen los aparaores del peso de las bandejas.

PAQUI. ¡Ajú!

PACO. Y hay un salón que está cuajao de cosas de való. Mucho parné que hay. Y ahí tienes tú lo que son las cosas: el abuelo de don Mario llegó a Madrí con hambre canija y con un agujero en ca bota; pero abrió su gufete, prinsipió a acudí clientela y ganó una milloná. A ve si tú er día de mañana hases otro tanto.

PAQUI. A mí er gufete no me tira, papá. Yo, en cuanti que acabe la carrera, diplomático y na más que diplomático.

PACO. Te has empestillao tú en eso de la diplomacia...

PAQUI. Señó, si es lo que me tira. A mí, ya se sabe: viajá, hablá, arterná y na má.

PACO. Es que la carrera de igeniero, Paquito...

PAQUI. ¡Ajú, papá! Con lo de jometría que hay que estudiá, que ahí m'atasqué yo en er grado y estuve tres años sin da una. Na de jometría; diplomático y diplomático.

PACO. Bueno, hombre; allá tú.

PAQUI. *(Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.)* Ahí viene er viejo. *(Por la puerta indicada entra en escena don Felipito, un viejecillo ágil, enteco, menudo, limpio, atildado, afable, simpatiquísimo.)*

FELIPI. ¡Amigo don Paco...!

PACO. ¿Qué tal, don Felipe...?

FELIPI. Muy bien, muchas gracias.

PACO. Fuerte, ¿eh?

FELIPI. Fuerte, sí, señor; fuerte.

PACO. Hace tiempo que vengo yo disiendo que usté nos va a enterrá a tos.

FELIPI. Hombre, yo no tengo interés... *(Por Paquito.)* ¿Su hijo...?

PACO. El mayor, el Benjamín.

FELIPI. *(Dándole la mano a Paquito.)* ¿Cómo estás, hombre?

PAQUI. Ya usté lo ve. Aquí estamos...

FELIPI. Ya veo, ya... Pero siéntese... siéntese, don Paco...

PACO. Gracias. *(Se sientan.)*

FELIPI. Pues don Mario no está.

PACO. Sí, ya sé, y siento no saludarle, aunque a desí verdá, amigo don Felipe, a mí me gusta más entenderme con usté que con él. Don Mario es un hombre tan serio que, lo que toca a mí, me achara. Oiga usté, ¿es así de serio con to er mundo?

FELIPI. Con todo el mundo. Hasta conmigo. ¡Hasta con sus hijas!

PACO. ¡Qué le parese a usté! Y cuidao que en medio de to es una buena persona y un hombre recto.

FELIPI. En eso de la rectitud es único. No creo que haya en el mundo otra persona como don Mario. ¡Conozco de él cada caso...! Lo que se propone hacer este año con usté es buena prueba de ello.

PACO. ¿Conmigo?

FELIPI. Sí, señor.

PACO. ¡Caramba!

FELIPI. Usted ha construído este año en la finca un edificio para instalar en él unos lagares, ¿no es cierto?

PACO. Hombre, sí; la uva que cogía tenía que darla a pisá y me llevaban un ojo de la cara, de manera que eché mis cuentas, y como me fartan seis años de arriendo, pues resurtó que el istalá los lagares me salía más barato.

FELIPI. Conformes; pero como la construcción de ese edificio, aunque sea un negocio para usted, aumenta el valor de la finca, don Mario ha dispuesto que se rebaje de la renta del año lo que usté haya gastado en construirlo.

PACO. *(Admirado.)* ¡Chavó! *(Mira a su hijo boquiabierto.)*

PAQUI. *(Idem.)* ¡Ajú, papá!

PACO. Ocho mil pesetas me ha costao.

FELIPI. Pues eso hay que rebajar.

PACO. Yo le mandaré los comprobantes...

FELIPI. Eso sería una ofensa para todos, amigo Sanjuán.

PACO. No, si don Mario es un hombre que está de nones. Y conmigo se ha portao siempre muy bien. Si no fuera tan serio... Porque, es que como uno está acostumbrao a tratá a la gente d'iguá a iguá.

FELIPI. ¿Cómo?

PACO. D'iguá a iguá; vamos, como si tos tuviéramos er mismo temperamento; pues, es claro, al verlo a él tan... asín, pues...

FELIPI. Todo es hasta acostumbrarse. Yo llevo a su lado cuarenta años, y jamás hemos tenido un sí ni un no.

PACO. ¿Y siempre tan estirao...?

FELIPI. En cuarenta años no le he visto reír.

PAQUI. ¡Ajú!

FELIPI. Bien es verdad que tampoco le he visto llorar. Y no es que no haya tenido motivos para ello, que el dolor a nadie respeta, y él ha sido bastante castigado por la desgracia. Perdió a su mujer, que era una santa; perdió al chico mayor, al único varón que tenía, que esto fué para él un golpe terrible... Pero ha sabido siempre dominarse. ¡Es mucho temple el suyo! Yo, en cambio, soy el polo opuesto; a mí cualquier cosa me conmueve y cualquier tontería me hace reír.

PACO. Bueno, pues yo, don Felipe, agradezco de corazón esta rebaja que se me hace; ya se lo haré presente a don Mario, y como er cheque que traigo no sirve, ahora al llegá a la fonda haré otro con er nuevo totá.

FELIPI. ¿Se hospeda usted donde otras veces?

PACO. No, señó; esta ve paro ahí en la calle del Arená: en el Hotel Benites. Iba a ir a casa de Micaela, como siempre; pero como a este hijo mío le da por la elegansia...

FELIPI. *(Boquiabierto, mirando a Paquito de arriba abajo.)* ¡Ah! ¿Sí...?

PACO. Sí, hombre, sí; me tiene frito. Presume lo suyo y está muy sacao de cuello.

FELIPI. *(Con fino chungueo.)* ¡Hola...!

PACO. Le da por vestí y por alterná, y no piensa más que en la tirilla y en la corbata y en zopenqueá to er día hasiendo el cursi.

PAQUI. ¡Ajú, papá!

PACO. Manos mal que Miguí, su otro hermano, no se parese a él.

FELIPI. No. ¿Eh?

PACO. No, señó: Miguí es to lo contrario. Ese, pa que se mude de ropa los sábados tiene su madre que ponerse con él muy seria.

FELIPI. ¡Caramba con Miguel!

PACO. Sale a mí en to.

FELIPI. ¡Hombre...!

PACO. Hasta en sus afisiones al campo.

FELIPI. ¿Y cómo no le ha traído usted también...?

PACO. Pues es muy abestiao y por un se abellota.

FELIPI. ¿Cómo que se abellota?

PACO. Hombre, que él es, de su naturá, muy corto de cuello y algo amolloiao, y como no está acostumbrao al trato de la gente, como su hermano el elegante, pues en cuanti alguien le habla, le da una subía de vergüensa que se congestiona, y ya congestionao se abellota y ni alterna, ni habla, ni na.

FELIPI. ¡Qué lástima, hombre!

PACO. Como que yo quiero que lo vea un médico, porque lo que le pasa no es propio. Y a propósito de médicos, don Felipe, ¿qué es de su niño de usted? ¿Sigue en Alemania?

FELIPI. No, ya está en Madrid, gracias a Dios, y trabajando mucho, por cierto.

PACO. Tan contento que estará usté.

FELIPI. Figúrese, él es toda la familia que me queda en este mundo.

PACO. ¡Vaya un muchacho simpático y despejao! Argo atolondraillo, ¿verdá? A mí, hace años,

como usté le dijo al presentarme: "Este es Sanjuán, el que lleva en arriendo el cortijo de San Benito", pues confundió mi santo con el de la finca y me estuvo llamando San Benito todo el tiempo que estuve aquí. Recuerdo que una tarde salimos de acá juntos por casualidá y se encontró no sé con cuánta gente, y a todos me presentó: "El señor San Benito", y todos: "Adiós, San Benito. Vaya con Dios, San Benito", que yo pensé: "Este San Benito no me lo quita a mí ya ni el "sursum corda". *(Rumor de voces dentro.)*

FELIPI. ¿Eh...? Pues aquí lo tiene usté.

PACO. ¡Caramba, hombre!

FELIPI. Como María Isabel, una de las hijas de don Mario, está delicaducha...

PACO. ¿Cuál de las dos hijas es María Isabel, la mayor?

FELIPI. La pequeña.

PACO. ¿La que va a casarse el lunes?

FELIPI. La que iba a casarse el lunes. Ya no se casa.

PACO. ¿Eh?

PAQUI. ¡Ajú, papá, y s'ha traío usté la levita y la castora y to!

PACO. ¿Pero qué ha pasao...?

RAF. *(En la puerta del foro.)* ¡Hola!... *(Es en efecto un muchacho simpaiiquisimo, despejadísimo y algo atolondrado. Viste con elegancia. Paquito, desde que entra, no le quita ojo y le mira las botas y la corbata y cuanto lleva.)*

FELIPI. Entra, Rafael; son dos amigos...

RAF. Sí, ya me ha dicho el criado que es el señor Santamaría, que viene todos los años por San Benito a pagar la renta de San Miguel... Digo al revés... *(Tendiéndole la mano.)* ¿Qué tal, Santamaría?

PACO. ¿Qué Santamaría, hombre?

RAF. Digo, Sampedro...

PACO. Sanjuán.

RAF. ¿Cómo?

PACO. Que soy Sanjuán.

RAF. Pues que sea enhorabuena.
PACO. ¿Qué?
RAF. Nada, hombre; que sí, Sanjuán. ¡Qué cabeza! Y es que como estaba usted de espaldas a la luz..., pues... ¡eso. Este es su hijo, ¿no? ¿Qué tal, muchacho?
PAQUI. Aquí estamos.
RAF. Ya lo veo, ya. Muy bien, caramba. Y usted, abuelo, qué, ¿ha comido bien?
FELIPI. Muy bien.
RAF. ¿Tomó usted las píldoras?
FELIPI. ¿Qué píldoras?
RAF. Las gotas, hombre.
FELIPI. *(Indeciso.)* ¡Ah..., sí!
RAF. ¿Sí o no?
FELIPI. Te diré.
RAF. Dígame usted que no, porque usted no ha tomado las gotas.
FELIPI. Pues mira, francamente, se me olvidó...
RAF. ¡Ay, abuelo! ¡En estas cosas de medicina no hace usted más que lo que le da la gana!
FELIPI. Y así llevo ochenta y siete años, hijo mío.
RAF. Pues no juegue, ¿eh? No juegue.
FELIPI. Dime, ¿has visto a María Isabel?
RAF. Sí.
FELIPI. ¿Y qué?
RAF. ¡Psch! Bien; es decir, el pulso está bien, y el corazón está bien, y el estado general es bueno; pero..., vamos, no sé...
PACO. Bueno, bueno; pero ¿por qué no se casa el lunes? ¿Qué ha pasao?
FELIPI. Pero ¿usted no sabe que el novio salió para Melilla hace cinco días?
PACO. ¡Atiza!
FELIPI. Una orden urgente y...
PAQUI. ¡Ajú!
PACO. El es capitán, ¿no?
FELIPI. Capitán, hijo del general Sedano, un íntimo amigo de don Mario.
PACO. Sí que ha sido mala pata. Ocho días antes de la boda...

FELIPI. Y que va destinado a Regulares.
PACO. ¡Casi na!
FELIPI. Figúrese usté cómo estará la pobre...
RAF. Sí sí; es para entristecerse y para preocuparse; pero, caramba, no es la primera mujer que se ve en un caso semejante, ni la primera novia que aplaza su boda por una causa inesperada. No hay que entregarse a la desesperación de esa manera. Eso de encerrarse en su cuarto y no querer ni siquiera tomar el aire, no puede ser. Hay que vivir. Además, que... no es para tanto.
FELIPI. Tú, como a estas cosas de los noviazgos le das tan poca importancia...
RAF. ¡Qué sabe usté, abuelo! ¡Qué sabe usted!
FELIPI. ¡Eso lo dices por intrigarme; te conozco! ¡Con los deseos que tengo de verte casado...!
RAF. Eso es ya más difícil.
FELIPI. ¡Y lo que me gustaría conocer a un bisnieto!...
RAF. ¡Aprieta!
ROSA. *(De veintitantos años, monísima, elegantísima, entrando en escena por la segunda puerta de la izquierda.)* ¿Está aquí Rafael? ¡Ah!... ¡Hola! ¿Qué tal, amigo Sanjuán?...
PACO. Bien, ¿y usted?
ROSA. Muy bien; muchas gracias.
PACO. *(Presentando a Paquito.)* Mi niño; er Benjamín.
ROSA. ¿Es posible? ¿Este es el más pequeño?
PACO. El mayó.
ROSA. ¡Ah!
PACO. Por eso le digo er Benjamín.
ROSA. Sí, comprendido. ¿Cómo estás, hombre?
PAQUI. Aquí estamos.
FELIPI. (¡El niño tiene un saludito...!)
ROSA. *(A Rafael.)* Venía a decirle a usted que esto de María Isabel no puede continuar así. Hay que ponerse serio con ella, porque, de seguir como está, yo creo que va a morirse.
RAF. No tanto, Rosalía.

ROSA. Es que usted no la ve más que un ratito; pero yo, que me paso a su lado el día y la noche...

RAF. ¿Y qué quiere usted que yo le haga, Rosalía?

ROSA. Hijo, usted verá; para eso es médico.

RAF. ¿Usted cree que los médicos curamos las pasiones de ánimo? ¡Ojalá!

ROSA. ¡Tontería de amoríos, y de noviazgos, y de casamientos, y de guerras!... En pleno siglo veinte, con tanto adelanto y tanta radiotelefonía, y todavía estamos como cuando la tonta de Julieta y el idiota de su novio. Y luego dicen que... ¡Bah!... ¡Lo que toca yo...! ¡Al instante...! A mí podían venirme con... ¡Sí, sí!... Pero esta hermana mía es tonta de Real decreto, y ha tomado las cosas de un modo que..., ¡Jesús!... Y que mientras no varíe de ambiente es tontería...

RAF. ¿Usted cree...?

ROSA. Claro que lo creo, y cualquiera que discurra un poco lo creerá igualmente. Mientras esté aquí y vea el salón con los regalos y la ropa y los trajes...

FELIPE. Evidentísimo.

ROSA. *(A Rafael.)* Debe usted hablar con papá y aconsejarle que nos vayamos de Madrid. Puesto que hemos pasado aquí parte del verano por causa de la dichosa boda, podríamos irnos ahora una temporadita a Burgos, con la tía Rosario, o a San Sebastián nuevamente...

PACO. ¿Y por qué no a Estepa? Mejor casa que la de San Benito...

ROSA. Tiene usted razón: a Estepa. Entre Burgos con la tía Rosario, o Estepa, me quedo con Estepa y hasta con las estepas de Rusia. Porque el plan de la tía Rosario me pone los pelos de punta. Que si me voy al convento; que si no me voy; que en el mundo no hago falta; que en el convento tampoco... Y éste es el pan nuestro de cada día. ¡Qué tabardillo de señora!... Bueno; no hay mujer que no sea un tabardillo.

RAF. Ahí duele.

ROSA. Y ahí aprieta. Las unas con los amores; las otras con los beaterios; la que tiene hijos, porque tiene hijos; la que no los tiene, porque no los tiene... ¡¡Pelmas, pelmas, pelmas!! No las puedo resistir. Me molestan las mujeres. Me molestan.

PAQUI. *(Riendo.)* ¡jo, jo, jo! ¡Ajú, qué grasiosa!

ROSA. *(A Paco.)* Le he hecho gracia al Benjamín.

PACO. Y a su padre. *(Rumor de voces dentro.)*

RAF. Aquí está ya don Mario.

PACO. *(Algo inquieto.)* (¡Atiza!)

PAQUI. *(Idem.)* (¡Ajú!)

ROSA. Dígale usted eso, Rafael.

RAF. Ahora mismo.

MARIO. *(Por el foro.)* Hola... *(Es un señor rayano en los sesenta años, muy elegante, muy señor y muy serio. Nada de dureza en las facciones; no es un hombre tétrico, ni sombrío, ni siquiera ceñudo; es simplemente un hombre seco, adusto, frío, serio.)* ¿Qué tal, amigo Sanjuán?

PACO. Bien, ¿y usted, don Mario?

MARIO. Muy bien; muchas gracias. *(Por Paquito.)* ¿Es su hijo?

PACO. Para servirle.

MARIO. Celebro conocerle. Es ya un hombre.

PACO. Sí, señó.

MARIO. Siéntense...

PACO. Muchas gracias. Ya me ha dicho don Felipe lo de la rebaja, y le doy a usté muchísimas gracias, don Mario.

MARIO. No hay que hablar de eso.

PACO. Es que...

MARIO. Le repito que no hay que hablar de eso. *(A Rafael.)* ¿Ha visto usted a María Isabel?

RAF. Sí, señor, y de ello tratábamos precisamente cuando usted llegó. Cree Rosalía, y yo con ella, que sería convenientísimo para la salud de María Isabel un cambio de ambiente. Una temporada en Burgos, o en San Sebastián, o

en Estepa, como ha ofrecido aquí, San Miguel...

PACO. Sanjuán.

RAF. Perdone.

MARIO. Me parece muy bien. *(A Rosalía.)* Di a María Isabel que venga.

ROSA. Sí, señor. *(Vase por la primera puerta de la izquierda.)*

MARIO. *(A Paco.)* La casa de la finca, ¿está en condiciones?

PACO. Ya lo creo. Claro, usté, como no la ha visto más que por fuera, no sabe...

MARIO. Digo si ofrece comodidades; si está bien amueblada.

PACO. ¡Por Dios!... Allí ha pasao el verano mi familia, no le digo a usté más, y mi familia, pa eso de las comodidades, es muy exigente.

MARIO. ¿Hay baño?

PACO. ¿Cómo?

MARIO. Que si hay baño.

PACO. ¡Qué gracioso!... Pregunta si hay... *(Al ver la cara seria de don Mario se pone él también muy serio.)*

MARIO. Hay baño o no hay baño.

PACO. *(Azorado.)* Por Dios, don Mario; con lo lejísimo que está el río... En Estepa no hay baños en ninguna parte. Eso es en Sanlúcar de Barrameda.

FELIPI. Pero ¿la casa está bien amueblada?

PACO. Hombre, don Felipe, le diré a usté... Claro que no está como ésta. En cada cuarto hay una cama, y pa la ropa, como cada uno suele llevá su baú...

RAF. Entendido, entendido; en cada cuarto habrá una cama, una silla y una percha.

PACO. Percha no hay más que en el cuarto de éste *(Por Paquito.)*, que como le da por la elegansia, llevó una y la clavó detrás de la puerta. Ahora, que sillas hay en cada cuarto dos: una pa sentarse, y otra pa poné la palangana.

MARIO. ¿Qué palangana?

PACO. La palangana, señó. ¿O dónde va uno a poné la palangana pa lavarse?

MARIO. ¡Ah! Pero ¿no hay agua corriente?...

PACO. Sí, señó; en er pilón.

MARIO. Bien, bien...

PACO. Uno allí...

MARIO. No hay que insistir en ello.

PACO. Como después de todo...

MARIO. He dicho que no hay que insistir.

PACO. Sí, señó; no faltaría más...

PAQUI. (¡Ajú, qué tío!) *(Por la primera puerta de la izquierda entran en escena Rosalía y María Isabel. Esta última, muy pálida y tristísima.)*

MARIO. *(Saliendo al encuentro de María Isabel.)* Hola, hijita... Qué, ¿continúas sin noticias?

M. ISA. Sin noticias.

MARIO. No te alarme ese silencio. Muchas veces, aunque uno quiera no puede telegrafiar...

M. ISA. Buenas tardes, Sanjuán.

PACO. *(Saludándola.)* Ya me han contado lo que sucede, y lo siento.

M. ISA. Muchas gracias. Pero siéntense...

PACO. Gracias, ya nos vamos a ir... *(Le hace señas a Paquito y vuelven a sentarse.)*

MARIO. *(A María Isabel.)* Rafael cree que el alejarte de Madrid puede contribuir a tu esparcimiento, y como yo también tengo deseos de variar un poco de vida, dime qué te parece mejor: si pasar unos días en Burgos con mi hermana, y organizar allí un viaje al centro de Europa, o emprender el viaje desde luego...

M. ISA. Una temporada al lado de la tía sería lo más conveniente para mí. Digo, si es que a ustedes no les importa...

MARIO. Por mí...

ROSA. Y por mí, figúrate. Estando tú contenta, lo demás, ¿qué importa?

M. ISA. *(A Rosalía.)* Perdóname, pero no quiero alejarme demasiado...

ROSA. ¿Quieres callar?

PACO. Siento yo que no haya cuajao lo de Estepa. *(Don Mario le mira severamente.)*

PAQUI. *(Tirándole a su padre de la chaqueta.)* Papá, que se la va usté a ganá.

CELE. *(Por el foro.)* ¿Señó...?

MARIO. ¿Qué?

CELE. Que ahí están esas señoras amigas de la señora hermana del señó.

MARIO. ¿Quiénes?

CELE. Unas que estuvieron aquí muchas veces cuando pasaba aquí temporada con el señó la señora hermana del señó.

ROSA. Sí, papá; doña Blanca...

M. ISA. La protegida de la tía Rosario.

MARIO. ¡Ah! Sí, ya sé...

ROSA. ¿Viene con su hija?

CELE. Con su hija viene.

ROSA. Pues que sea enhorabuena, Rafael.

RAF. ¿Eh?...

ROSA. No se haga usted de nuevas. Sé que es una de sus clientes más entusiastas. Por lo menos, no sabe hablar más que de usted. Y a la mamá se le ponen los dientes de un largo...

MARIO. *(Severamente.)* ¡Rosalía!

ROSA. ¡Ay, perdona, papá!

MARIO. Y ¿a qué vendrán esas señoras?...

CELE. Por lo poquísimo que yo les he podío sacá en el ratillo que he estao hablando con ellas, contándoles lo que aquí susede, resurta que han llegao de Burgos esta mañana; que traen un encargo para el señó; que han desidío establecerse en Madrí, y que la señora hermana del señó les ha facilitao dinero pa que pongan aquí una casa de güéspedes. La madre quiere ponerla en la calle de San Bernardo, cerca de la Universidá, pero la niña quiere que sea en la calle de Atocha, frente a la escuela de Medisina, porque dise ella que los médicos le inspiran más confiansa que los abogados y que...

MARIO. ¡Basta, Celedonio!

PACO. Y eso que no han hablao más que un ratillo;

si llegan a tomá café juntos... *(Al ver la cara que le pone don Mario, se calla.)*

MARIO. Diga a esas señoras que pasen.

CELE. Sí, señó. *(Mutis por el foro.)*

PACO. Tuviera que ve que encontrara yo casa de güéspede pa mi hijo sin salí de aquí.

MARIO. ¡Ah! Pero ¿el chico...?

PACO. Sí, señó; va a quedarse en Madrí a estudiá su carrera.

RAF. ¡Hola!

ROSA. ¿Qué va a estudiar?

PACO. Pa abogao. Quiere sé diplomático... *(Rosalía sofoca la risa.)*

RAF. ¡Caramba!

PACO. Dice que eso es lo que le tira...

RAF. Pues ésa es carrera de pollo "bien".

PAQUI. Lo que es uno. Asín me llaman a mí en Estepa; porque como allí van tos los muchachos a la "negligé", y uno va siempre arreglao... *(Por la puerta del foro entran en escena doña Blanca y Blanquita. Son dos tipos bastante acursilados. Blanquita es una niña muy tiesa, tiesísima. Cuando saluda saca el pecho e inclina rápida y fuertemente la cabeza; nada más que la cabeza; vamos, como si dijera muy enfadada "que sí".)*

BLAN. ¿Se puede?

ROSA. Adelante.

BLAN. ¡Oh! Rosalía... María Isabel... Ya he sabido tu contratiempo y lo he sentido muchísimo... ¿Qué tal, don Mario?...

MARIO. Bien, ¿y usted, señora?

BLAN. Muy bien, gracias a Dios. ¡Amigo don Felipe...! ¡Rafaelito...! *(Saludos generales.)*

ROSA. *(Presentando.)* El señor Sanjuán... Su hijo... *(Algo apurada porque no recuerda el apellido.)* La viuda de...? Bueno, doña Blanca... ¡Ay, Jesús, qué tonta...!

BLAN. Blanca Bermúdez, viuda de Altolaigarra.

PAQUI. ¡Ajú! *(Se saludan con reverencias, poco versallescas. Rosalía y Rafael disimulan la risa.)*

MARIO. Siéntense.
BLAN. Gracias.
BLANQ. Muchas gracias. *(Se sientan. Pausa.)*
ROSA. *(Por hablar de algo.)* Ya sabíamos que habían llegado esta mañana.
BLAN. ¡Ah! ¿Sí? ¿Lo sabían ustedes?
ROSA. Sí. Y sabemos también que vienen ustedes a establecerse en Madrid.
BLAN. *(Extrañada.)* ¿Eh? ¿Cómo es posible...?
PACO. Y que vais a poné una casa de güéspedes...
BLAN. *(Perpleja.)* ¿También...?
PACO. Y no haga usté caso de la niña en eso de la calle de Atocha.
BLAN. *(Idem.)* ¿Eh?
PACO. El negocio está cerca de la Universidá.
BLAN. ¡Dios mío! ¿Pero cómo es posible que sepan ustedes...?
RAF. Señora, hoy con la radiotelefonía se sabe todo.
MARIO. ¡Rafael...!
BLAN. ¿Y saben ustedes también que le traemos un queso...?
ROSA. No, eso no...
BLAN. Pues sí, le traemos un queso. ¿Dónde lo has metido, Blanquita?
BLANQ. ¡Mamá, por Dios...! ¿Dónde iba yo a meter el queso? Acabo de dárselo al criado.
BLAN. Nos lo dió para ustedes doña Rosario.
ROSA. Muy bien, muchas gracias. ¿Y cómo ha quedado la tía?
BLAN. Perfectamente. Tal vez un poco más delgada.
ROSA. Pues a ella eso de la delgadez la preocupa.
BLAN. Mucho, muchísimo, y no debiera preocuparla porque si ella no engorda es por causa de la constitución.
FELIPI. ¡Caramba!
BLAN. Sí, cada una tenemos nuestra constitución, y la suya no es de engordar. Hay quien al llegar a cierta edad, se abarrila y se abatata, y hay quien sigue con la misma entequez de siempre, que es lo que le ocurre a doña Rosario, y que ojalá me hubiera ocurrido a mí; pero yo, en

cuanto me casé perdí la gentileza. En mí se cumplió el refrán: "Te casaste y te acarnasaste".

PACO. No conosía yo ese refrán.

BLAN. Es de Burgos.

PACO. ¡Ah!

ROSA. Y qué, ¿la tía se va al convento por fin?

BLAN. Dice que va a tomarse todavía un año para pensarlo. Sus cosas.

PACO. Pues volviendo a lo de la casa de güéspedes: si usté se instala cerca de la Universidá aquí tiene usté ya un pupilo.

BLAN. ¡Ah! ¿Si...?

RAF. Un futuro diplomático.

PACO. Mi hijo va a quedarse pa estudiá su carrera, y yo lo que quiero pa él es una casa desente, con personas de educasión y de temor de Dios.

BLAN. Pues ése es precisamente nuestro único capital, caballero. Todos aquí nos conocen y saben que somos de una familia casi ilustre a fuerza de antigua y de conocida. Hemos estado en muy brillante posición, pero un día la desgracia se cebó en nosotras. *(Limpiándose una lágrima.)* La vida es así, cuando nos creemos más cerca de la felicidad, un golpe nos hiere y nos deja heridos para siempre.

FELIPI. Para siempre, no, doña Blanca. Decir eso es dudar de la Divina Misericordia. Yo he vivido mucho y he visto mucho, y le aseguro que por grandes y continuadas que sean las pruebas a que Dios nos somete, un día, de pronto y porque El quiere, en nuestras negruras brilla el sol.

MARIO. *(Mirando hacia la puerta del foro, como todos los demás, porque han oído unos pasos precipitados.)* ¿Eh...? *(Entra en escena por dicha puerta don Gaspar, un señor como de sesenta años, bien conservado, arrogante y que revela en su aspecto su condición de militar. Claro, que si pudiera vestir de uniforme, sería lo mejor, pero de no ser así deberá ostentar en la*

solapa algún distintivo. Llega pálido, descompuesto y, aunque trata de disimularlo, se ve que viene emocionadísimo.)

GASP. Buenas tardes...

MARIO. ¡Gaspar...!

M. ISA. ¡Don Gaspar...! *(Acude a él.)*

GASP. Déjame que me siente...

M. ISA. ¿Eh? ¿Viene usted enfermo?

GASP. Un poco...

MARIO. En efecto; estás palidísimo...

RAF. ¿Le ha ocurrido algo...?

GASP. Sí.

MARIO. ¿Alguna desgracia tal vez?

GASP. ¡Tal vez, Mario... tal vez!

M. ISA. ¡Dios mío!

ROSA. *(Acudiendo a ella.)* ¡Vamos, mujer...!

MARIO. Habla, habla en seguida...

GASP. Espera a que tome aliento. ¡No puedo más!

M. ISA. *(Temblorosa.)* ¿Es que ha tenido usted noticias de Luis...?

GASP. ¡Ojalá no las hubiera tenido!

MARIO. Pero ¿qué noticias son ésas? El no debió llegar a Melilla hasta hace cuatro días...

GASP. Porque llegó hace cuatro días entró ayer mismo en fuego...

M. ISA. ¿Y está herido...?

GASP. Gravemente.

M. ISA. ¡¡Jesús...!!

MARIO. ¡Oh! Cuenta pronto...

GASP. Hasta ahora no sé más que lo que dice este telegrama que acabo de recibir.

M. ISA. *(Queriendo quitárselo.)* A ver...

GASP. *(Ocultándolo con rapidez.)* No... ¡No lo leas!

M. ISA. *(Aterrada.)* ¿Por qué me lo oculta? ¿Es quizá...?

GASP. Tranquilízate.

M. ISA. ¿Cómo quiere usted que me tranquilice si no me enseña lo que dice ahí...? Démelo, o pensaré que...

GASP. Calma, calma...

M. ISA. ¡No, necesito leerlo...! ¡Luis ha muerto...!

¿Verdad? *(Don Gaspar baja la cabeza sin saber qué contestar.)*

MARIO. ¡¡Gaspar...!!

ROSA. ¡¡Dios mío...!!

RAF. *(Acudiendo a María Isabel, que casi se desploma en sus brazos.)* ¡¡María Isabel!! *(Acude a ella también doña Blanca.)*

MARIO. ¡Hija...!

ROSA. *(Como preguntando.)* ¡Don Gaspar...!

GASP. ¡Sí, hija mía, sí...! ¿A qué seguir negándolo? ¡Mi hijo ha muerto!

FELIPI. *(Abrazándole.)* ¡General...!

RAF. *(Que auxilia a María Isabel.)* No es nada. Un desvanecimiento.

GASP. He hecho mal en darle tan bruscamente la noticia...

MARIO. No te disculpes, pobre Gaspar. Demasiado tienes con pensar en tu propio dolor.

GASP. Es muy grande, Mario, mucho más grande de lo que te figuras.

RAF. Ya vuelve en sí. *(A Rosalía y doña Blanca.)* Llevémosla a su cuarto. En seguida se repondrá.

ROSA. Sí, vamos... *(Inician el mutis con María Isabel, Rosalía, doña Blanca, Blanquita, Rafael y don Mario.)*

GASP. Aguarda un instante, Mario.

MARIO. ¿Eh?

GASP. Necesito hablar a solas contigo, sin perder un instante. *(Silenciosamente, y al mismo tiempo que el grupo antes citado, hace mutis por la primera puerta de la izquierda; se van por el foro don Felipe, Paco y Paquito.)*

MARIO. *(Tras una breve pausa.)* ¿Qué tienes que decirme con tanta urgencia en estos momentos?

GASP. Algo gravísimo.

MARIO. ¿Puede haber nada que me lo parezca al lado de la muerte de tu hijo?

GASP. Puede haberlo.

MARIO. Pues habla, que me tienes pendiente de tus labios.

GASP. Deja que me serene; que ponga en orden mis ideas; que se haga la luz en las tinieblas de mi espíritu...

MARIO. Me alarmas. Dime pronto...

GASP. Si pudieras sospechar lo que voy a revelarte, no me pedirías que hablase con rapidez.

MARIO. ¿Eh?

GASP. Sí, Mario, sí. Por si no tuviera bastante con la desgracia de haber perdido a mi hijo, a mi hijo único, la suerte me condena al tormento de tener que venir a causarte un dolor cruel a ti, a mi mejor amigo.

MARIO. ¿Se trata de algo que se relaciona conmigo?

GASP. Contigo y conmigo a la par.

MARIO. No me tengas más tiempo en esta incertidumbre. ¿Es de tu hijo de quien vienes a hablarme?

GASP. De mi hijo, de mi pobre Luis, que debió tener el presentimiento de la muerte que le esperaba. En el momento de su partida me llamó a su cuarto y me dijo: "Padre, me voy a Africa, porque tengo que ir; porque un militar no puede desoír la voz del deber, aunque esa misma voz me reclama aquí, en este instante, con mayor apremio quizá." Como yo no entendiera el sentido de sus palabras, continuó diciendo: "Tú sabes que ante la posibilidad de que me destinasen a Africa con esta urgencia venía tratando de anticipar la fecha de mi boda con María Isabel, sin que desgraciadamente haya podido vencer los obstáculos que se oponen a mi deseo. Yo no debía poner en peligro la existencia, aunque el hacerlo constituya el primer deber del militar, sin haber pagado una deuda sagrada con la mujer a quien quiero con todo mi corazón."

MARIO. *(Que empieza a comprender, levantándose rápidamente.)* ¿Eh? ¿Qué estás diciendo...?

GASP. "Yo no sé si tengo derecho a exponerme a morir sin dar primero mi nombre ante el mundo a mi prometida, a la que he ultrajado..."

MARIO. ¡¡Gaspar...!!

GASP. "Por eso te confío este dolor—concluyó por decir entre sollozos—, para que si en Africa me aguardase la muerte, ya que en tan breves horas no he podido arreglar lo de mi casamiento secreto con María Isabel, corras a su casa y lo descubras todo, antes de que ella se vea obligada a ocultarlo; pero diciendo la verdad: que yo solo soy el culpable; que yo fuí quien la arrastró a la caída, por una impaciencia criminal, excusada por el cariño y la proximidad de nuestro enlace... y que éste no ha podido llevarse a efecto, secretamente, en tan corto tiempo, porque hay trámites malditos que todo lo dificultan y lo imposibilitan." *(Viendo que don Mario permanece inmóvil y silencioso.)* ¿Qué tienes, Mario...? ¿Por qué no hablas...? ¿Por qué no dices lo que sientes...?

MARIO. Yo no sé exteriorizar el dolor. Lo guardo para mí solo.

GASP. El que debes sentir en este instante es demasiado cruel para encerrarlo en el alma sin dejarlo salir...

MARIO. Si pudiera enseñártelo, te espantaría.

GASP. Pues déjamelo ver; compártelo conmigo, que he sido siempre un hermano para ti. Tu silencio me da miedo. Habla; desahógate, llora...

MARIO. Yo no he llorado jamás; no puedo... ¡no sé! El llanto me ha parecido siempre una debilidad, una cobardía...

GASP. ¡Eso no...! Yo he visto muchas veces la muerte cerca sin temblar, y ya ves que estoy llorando y no me avergüenzo... Las penas no nos ahogan, porque se funden en lágrimas y salen.

MARIO. Las mías se quedan siempre dentro de mí.

GASP. Vamos, Mario, vuelve en ti; sé hombre y no esfinge.

MARIO. Tienes razón; pensemos... en lo que debemos pensar ante todo: en salvar mi nombre, que

es el de mi otra hija también; en ocultar la falta de esa desventurada, borrando todo rastro.

GASP. Eso no es posible: el rastro no puede borrarse ya.

MARIO. ¿Qué dices, Gaspar? ¿El mal... es... irreparable?

GASP. Lo es. *(Don Mario crispa las manos y vuelve a caer en la abstracción.)* Por eso me hizo [illegible] su confesión al presentir que no volvería: porque el daño no podrá pronto estar oculto.

MARIO. *(Como hablando consigo mismo.)* ¿De modo que ese infame, ese mal caballero...?

GASP. *(Atajándole.)* Ten piedad. Considera que es mi hijo, que debió serlo tuyo y que ha muerto con gloria.

MARIO. Dices bien. ¡Paz a los muertos! Son los que sobreviven a su culpa los que merecen castigo.

GASP. Tampoco. Hay que ser indulgente con las flaquezas humanas, y sobre todo con las de nuestros hijos.

MARIO. El deber no tiene más que un camino. *(Se acerca a la primera puerta de la izquierda y llama enérgicamente.)* ¡María Isabel...! ¡María Isabel...!

GASP. ¿Vas a hablarla ahora?

MARIO. Sí.

GASP. Piensa en su salud. Si después del golpe que acaba de recibir le das otro mayor, descubriéndola que sabes lo ocurrido, puedes matarla.

MARIO. ¡Ojalá perezcamos todos!

GASP. Ten cuidado, no te arrepientas.

MARIO. El que hace lo que debe, ¿de qué puede tener que arrepentirse?

GASP. De haber confundido la crueldad con el deber.

M. ISA. *(Con Rosalía, en la primera puerta de la izquierda.)* ¿Me llamabas?

MARIO. Sí, y a ti sola. *(Rosalía desaparece, cerrando la puerta.)*

M. ISA. ¿Qué tienes que decirme?

MARIO. Pregúntaselo a tu conciencia.

M. ISA. *(Sorprendida.)* ¿Eh...? ¿Cómo...?

GASP. *(Animándola, cariñosamente.)* Valor, hija mía.

M. ISA. *(Recelosa.)* ¿Valor...? ¿Es que...? ¿Acaso...?

MARIO. Sé toda la verdad de tu afrenta.

M. ISA. ¡¡Jesús...!! ¿Quién ha podido descubrirte...?

MARIO. Una voz que no viene ya de este mundo.

M. ISA. ¡Dios mío...!

GASP. Sí, María Isabel, Luis me hizo prometerle que si moría, vendría yo a revelar a tu padre vuestro secreto, para evitarte a ti el rubor de tener que hacerlo por ti misma.

M. ISA. ¡Qué horror...! ¡Piedad, padre mío...!

MARIO. Nada de gritos, nada de llantos. Necesitamos serenidad para ajustar bien nuestras cuentas.

M. ISA. Por Dios, no me hables así... Castígame, maldíceme; haz de mí cuanto quieras, pero no con esa frialdad que me espanta.

MARIO. Basta. Te he llamado únicamente para que conozcas mi resolución. Mañana mismo saldrás para siempre de esta casa, donde tu presencia es imposible. Espero que mi hermana Rosario no se negará a recibirte en la suya.

M. ISA. Yo haré cuanto me mandes; pero dime siquiera que me perdonas.

MARIO. Si perdonar es olvidar una cosa, da por conseguido tu deseo. Si el perdón supone devolver al culpable el cariño que se le tuvo mientras fué honrado, no lo esperes jamás. Por desgracia no podría hacerlo aunque quisiera...

M. ISA. *(Cayendo de rodillas ante él.)* No te pido piedad para mí; sé que no la merezco; te la pido para quien vendrá a la vida a ser desgraciado, sin haber cometido falta alguna...

MARIO. ¡Calla...! No hagas que piense en lo que quiero olvidar. Vete.

M. ISA. ¡Padre mío!

MARIO. ¡Vete...! *(Rosalía entra sigilosamente en escena por la primera puerta de la izquierda.)* Vete, María Isabel.

M. ISA. ¿Sin dejar que llore un momento sobre tu corazón?

MARIO. *(Sin mirarla y secamente, como siempre.)* En esta casa, que has manchado, no quedan ya brazos que puedan tenderse hacia ti.

ROSA. Eso [illegible] cierto, padre. Le quedan los míos.

MARIO. ¡Rosalía! *(María Isabel se abraza a Rosalía y llora.)*

ROSA. ¡Llora, pobrecita mía, llora...!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

(Al levantarse el telón está en escena, sentada y en plan de visita que espera, doña Blanca.)

CELE. *(Entrando por la segunda puerta de la izquierda.)* Ya está avisao don Felipe; vendrá de seguida.

BLAN. Muchas gracias, Celedonio.

CELE. A la señorita Rosalía no la he podío avisá porque está enserrá en el despacho con el señó. Arreglos de cuentas sin duda, porque como ella es la que lleva el trajín de la casa... En cuanto a la señorita María Isabé, no he intentao decirle na porque desde que volvió de Burgos no ha querío ve a nadie.

BLAN. *(Sorprendida.)* ¿Eh...? ¿Pero ha vuelto María Isabel?

CELE. Hace ya diez días, señora.

BLAN. ¡Después de tantísimo tiempo...!

CELE. Año y medio largo, que se dice muy pronto.

BLAN. ¿Y ha venido con la tía...?

CELE. ¡Quite usté por Dios, señora...! Si por eso ha vuelto ella a Madrid: porque doña Rosario se ha metío en el convento.

BLAN. ¿Es posible...? Y yo sin saber nada. ¡Ingrata! ¡Ni siquiera dos letras...! ¿A qué convento se ha ido por fin; a las Carmelitas?

CELE. ¡Qué Carmelitas...! A las Reparadoras.

BLAN. ¡Qué raro!

CELE. ¿Raro? Si ahí tenía que acabá ella.. Como que yo la llamaba así: la reparadora. Porque, no es criticarla, pero cuando venía aquí de temporada se me abrían a mí las carnes. Que si aquí hay porvo; que si er pasamano pringa... Reparaba en to. Lo que toca en er convento, antes de un mes es abadesa. *(Mirando hacia la segunda puerta de la izquierda.)* Por ahí suena ya don Felipe.

BLAN. Oiga, Celedonio: ¿Y cómo viene la señorita María Isabel? ¿Le ha probado el campo?

CELE. Ya lo creo; trae buenos colores y hasta está una chispita más gruesa.

BLAN. Es extraño que no quiera ver a nadie...

CELE. A lo mejó en este año y medio se le ha pegao el monjío de doña Rosario...

BLAN. Quién sabe.

CELE. *(Al ver a don Felipe, que entra en escena por la puerta antes indicada.)* Si no me manda usté nada más...

BLAN. Gracias, Celedonio.

CELE. Con su permiso... *(Se va por el foro.)*

FELIPI. ¡Amiga mía...!

BLAN. ¿Qué tal, don Felipito...?

FELIPI. Más valiente que nunca, doña Blanca. Pasó el invierno, y yo en primavera recobro los arrestos de siempre. *(Sentándose.)* Qué, ¿sabe usted ya las novedades?

BLAN. Celedonio acaba de contármelas, porque doña Rosario no se ha dignado ponerme dos letras.

FELIPI. Pues sí, la buena señora, después de treinta y tantos años de dudas, a los cincuenta y cinco cumplidos, se ha convencido de que el mundo no la atrae y ha renunciado a él. Las hay que tardan en convencerse, ¿verdad? En fin,

allá cada uno. ¿Y esos negocios, cómo marchan?

BLAN. ¡Oh! Perfectamente, don Felipito. Dios me favorece en todo.

FELIPI. Más vale así.

BLAN. Tengo en casa todos los huéspedes que me caben. ¡Y qué huéspedes! Dos sacerdotes: don Luis Larramendi, el capellán de las oblatas, y el padre Tagarnaga, el famoso orador.

FELIPI. ¡Ah!... Muy nombrado.

BLAN. Una señora honorabilísima, viuda de un coronel de carabineros que murió pobre; un alto empleado, que aunque del Cuerpo de Aduanas, es simpático; un alemán, Prel Rebrothen, el inventor de los comprimidos para hacer mayonesa; don Letardo, el catedrático de la Universidad, y Paquito.

FELIPI. Vaya, todas son personas de solvencia y de estabilidad.

BLAN. El más inestable es Paquito, y para eso... Dios ha dispuesto que...

FELIPI. ¿Eh?

BLAN. ... sea un poco de sonrojo el confesárselo...

FELIPI. *(Asustado.)* ¿Qué? ¿Acaso...?

BLAN. No piense mal de él; no es nada malo. Antes al contrario: es algo que le honra y que le ennobl... Lo eterno en el poema de la vida, don Felipito. Mi Blanquita y él están en relaciones.

FELIPI. ¡Hola!

BLAN. Ella es una ingenua, él otro, y la convivencia, el continuo trato... Comenzó el platonismo, siguió el lirismo pueril de siempre y están de un entusiasmamiento, que yo he acabado por condescender, atenta, antes que a nada, a la felicidad de mi hija, que ha puesto en Paquito su alma toda.

FELIPI. Caramba, caramba...

BLAN. ¡Son unas conversaciones...! Cuando él la habla de Estape, que es a todas horas, resultan unas charlas amenísimas. Creo que el padre po-

sse allí fincas muy rentosas y negocios de mucha recaudanza... ¿no?

FELIPI. Sí, el padre es hombre rico.

BLAN. *(Limpiándose una lágrima.)* ¡Hija mía!... Ha tenido suerte, porque, aunque Paquito es algo patán y un poco pateso, lo prefiero a esos pollitos adonisados y pisacortos que hoy se estilan.

FELIPI. Lo malo es que no estudia nada, ¿verdad? Porque en junio le suspendieron, ¿no?

BLAN. Le suspendieron en junio y le dejaron caer en septiembre, que fué lo peor. El dice que porque discutió con los catedráticos; pero lo que le ocurre es que es de una ingenuidad tan grande, que no sabe nada de nada. Cree que Tertuliano es uno que asistía a una tertulia.

FELIPI. Ingenuidad.

BLAN. Ayer, de sobremesa, discutiendo de geografía asiática, habló el padre Taganga de la Colquida, y creyó Paquito que la Colquida era un camelo.

FELIPI. ¿Qué le parece a usted?

BLAN. Ingenuidad. Le chorrea el agua del bautismo. Ya usted ve, cree que hay minas de lacre y que el paraguas se inventó en el Paraguay...

FELIPI. Bueno, ¿y el señor Sanjuán sabe...?

BLAN. A eso vengo yo precisamente, don Felipito; a suplicar a usted que le escriba diciéndoselo.

FELIPI. Nada, pues yo le escribiré.

BLAN. Muchísimas gracias, don Felipito.

CELE. *(Con don Gaspar, por la puerta del foro.)* Sí, señor, pase usté; aquí está don Felipe.

GASP. *(Entrando.)* Buenas tardes.

FELIPI. ¡Oh!, amigo don Gaspar... *(Se estrechan la mano.)*

BLAN. *(Ya de pie.)* No quiero molestarle más, don Felipito. Con su permiso, me marcho. Quedamos en eso, ¿eh?

FELIPI. Sí, señora.

BLAN. *(Tendiéndole la mano.)* Muchísimas gracias. Adiós, hasta otro ratito... *(Viendo que don*

Felipito se dispone a acompañarla.) No, no; de ninguna manera. Soy de confianza. Atienda a este caballero... Buenas tardes.

FELIPI. Buenas tardes. *(Doña Blanca saluda reverenciosa a don Gaspar y hace mutis por el foro, seguida de Celedonio.)*

GASP. Qué, amigo don Felipe, ¿hay alguna novedad?

FELIPI. Ninguna.

GASP. ¿Ha visto ya Mario a su hija?

FELIPI. Aún no. Hace un instante salió Rosalía en el despacho a hablar con su padre de este asunto. Son ya diez días de vivir juntos y de procurar no encontrarse, y esto no puede continuar así. Tres año y medio de no venir María Isabel a Madrid ni ir don Mario a Burgos a verla, esta incomunicación en su propia casa puede dar motivo a comentarios y a suposiciones que es preciso evitar a todo trance.

GASP. El niño sigue bien, ¿no?

FELIPI. Hace unos días que, gracias a Dios, está perfectamente.

GASP. ¿Hoy no ha sabido usted de él?

FELIPI. No, aun no ha venido Rafaelito... *(Rumor de voces dentro.)* Es decir, ahí le tiene usted.

GASP. Me tiene enamorado este muchacho, don Felipe.

FELIPI. Pues anda, que a mí...

RAF. *(Entrando en escena por la puerta del foro.)* ¡Hola, abuelete...!

GASP. ¿Qué tal, amigo Rafael?

RAF. Pues aquí estamos, como dice Paquito Sanjuán; Paquito el diplomático, como le llaman sus compañeros, o Paquito "Ajú", como le digo yo.

FELIPI. ¿Sabe Rosalía que está aquí? Porque me encargó que en cuanto vinieses la avisaras.

RAF. Ya le he mandado recado con una de las doncellas.

GASP. Me ha dicho don Felipe que ese chico está ya bien del todo.

RAF. Sí, señor. Dos días hace ya que no le veo y

me figuro que seguirá perfectamente; digo, si el ama no ha hecho con él alguna atrocidad, porque no he visto una mujer más atolondrada ni más borrica.

GASP. Es andaluza también, ¿no?

RAF. ¡Y qué andaluza! De Bollullos de la Mitación. El abuelo le escribió a Sanjuán preguntándole si habría en Estepa un ama de toda confianza, y como no la había, Sanjuán removió cielos y tierras, y por conducto de una hermana suya que vive en Benacazón, cerca de Bollullos, mandó a esa bollullense y a su marido, que ¡vaya una pareja! Y cuidado que es buena gente y que quieren al chico con frenesí; pero señores, qué brutísimos son. Menos mal que en Torrelodones viven un poco aislados de la gente...

FELIPI. A ti te creen el médico del pueblo, ¿no?

RAF. Cualquier cosa. ¡Qué saben ellos...!

FELIPI. Escucha: ¿Siguen atracándose de chocolate...?

RAF. ¡Anda...! Y van a coger una irritación que se los va a llevar el demonio. Pero con gente así no hay quien pueda. Hacen lo que quieren y pare usted de contar. Bueno, y qué, ¿hay alguna novedad? ¿Se han visto ya María Isabel y su padre?

FELIPI. De eso está tratando con él Rosalía en este momento.

GASP. A mí me ha suplicado que venga, y hasta me ha aleccionado...

RAF. Entonces...

ROSA. *(Por la segunda puerta de la izquierda.)* ¡Hola...!

RAF. Buenas tardes, Rosalía...

ROSA. Don Gaspar, y usted, don Felipito, papá aguarda a ustedes en el despacho.

FELIPI. ¿Y qué crees tú...?

ROSA. La cosa está de lo más a punto, de modo que si aprietan ustedes un poco es posible que hoy mismo acabemos con esta situación tan insostenible.

GASP. Pues vamos.

FELIPI. No perdamos un instante.

ROSA. Yo iré por allí dentro de un ratillo, así como la que se deja caer...

FELIPI. Perfectamente.

GASP. Hasta luego. *(Se van por la segunda puerta de la izquierda.)*

ROSA. Bueno, ¿qué noticias me trae usted de nuestro enfermito?

RAF. De nuestro ex enfermito, querrá decir. Ya sabe que hace unos días está tan bueno como nosotros.

ROSA. Pero a mí no me ha salido el susto del cuerpo todavía. Si el pobre niño llega a morirse sin haber dicho yo a mi hermana una palabra de su enfermedad... No quiero ni pensarlo.

RAF. Usted hizo lo que debió hacer. Si María Isabel lo hubiera sabido, se hubiera empeñado, como es natural, en correr al lado de su hijo, y en la situación en que se encuentra con respecto a don Mario esto hubiera creado entre ellos nuevas asperezas, en vez de ir limando las que existen... No había otro camino que el que usted escogió: callar y poner el asunto en manos de la Providencia, que ya ve cómo la ha favorecido.

ROSA. Mucho le debo a ella, ciertamente; pero no le debo menos a usted.

RAF. ¡Bah!

ROSA. Sin su celo, sin sus cuidados, sin su ciencia, Luisito no existiría a estas horas. ¿Qué hubiera sido de él en manos de esa pobre gente, en aquel pueblo?...

RAF. No hubiera faltado quien le asistiera...

ROSA. ¿Con el interés con que usted lo hizo? ¿Yendo a verle a esa distancia dos o tres veces todos los días, pasándose las noches junto a su cuna y quedándole tiempo aún para venir aquí constantemente a traernos noticias y a tranquilizarme?...

RAF. Yo le debía a usted ese pequeño servicio, no

sólo por nuestra amistad, sino también por las circunstancias en que se encuentra. Fuera parte de ustedes y de mi abuelo, soy yo la única persona que conoce la existencia de ese niño; yo debía, pues, asistirle, sin que el honor de su familia, que me interesa tanto como el mío, tuviera que andar de boca en boca.

ROSA. ¡Qué bueno es usted, Rafael!

RAF. ¡Por Dios, Rosalía!... Era en mí un deber elemental tratar de auxiliar a usted. ¿A qué dar tres cuartos al pregonero?...

ROSA. En verdad; nadie más que usted debe sospechar nuestro secreto.

RAF. ¡Y ojalá que yo mismo pudiera ignorarlo!

ROSA. Si todo el mundo fuese tan noble como usted... ¿Eh? *(Se acerca a la puerta del foro. Tranquilizándose.)* Nó. Creí que...

RAF. ¿Por qué ese temor constante?...

ROSA. Porque si mi padre o mi hermana sospechasen que usted está enterado de todo...

RAF. Harían mal en avergonzarse, porque yo no he juzgado nunca la falta de María Isabel como un pecado irremediable. Y si esto he pensado desde el primer día, mucho más debo pensarlo ahora, cuando, borrada ya la huella de lo pasado, puede mostrar a todos su alma limpia y purificada por el sufrimiento.

ROSA. Es usted la nobleza misma, Rafael.

RAF. Y usted, la misma santidad.

ROSA. Sección de elogios mutuos.

RAF. Pero los de usted son más de estimar que los míos, porque seguramente no ocultan ninguna mira interesada.

ROSA. ¿Acaso la llevan los suyos?

RAF. En esta ocasión, tal vez.

ROSA. ¿Y qué mira es ésa?

RAF. La de congraciarme con usted para predisponerla a que me complazca.

ROSA. ¿Es que duda de que estoy siempre dispuesta a hacerlo?

RAF. Es que lo que voy a pedirle tiene tal impor-

tancia para mí, que toda precaución me parece poca.

ROSA. Me pone usted en curiosidad. ¿Se trata de algún secreto de Estado?

RAF. Se trata de algo en que tengo puesta mi vida; de algo que llevo oculto, pero que ya no cabe en mi corazón.

ROSA. ¿Y yo puedo quizá...?

RAF. Usted puede hacerme venturoso...

ROSA. *(Emocionada.)* Pues diga, hable... *(Se oye dentro la voz de Paquito Sanjuán.)* Es decir, ahora, no; ahora viene alguien realmente.

RAF. ¿Cuándo entonces?

ROSA. Luego... Vuelva usted hacia el oscurecer... Es la hora mejor para que hablemos sin testigos.

RAF. Pues hasta luego.

ROSA. Hasta luego, Rafael. *(Se va Rafael por la puerta del foro, cruzándose con Celedonio, que entra en escena.)*

CELE. Señorita, ahí está el señorito Paquito Sanjuán, y aunque le he dicho que er señó no está y que don Felipe tampoco está y que usté no lo puede recibí porque anda malucha, dise que de aquí no sale sin ve a arguien de la casa, y se ha sentao ahí en la galería.

ROSA. ¡Qué compromiso!

CELE. Excuso decirle a usté si sale don Felipe y se trompiesa con él; porque don Felipe m'ha dicho a mí que si yo no le evito las visitas de ese niño, me echa a la calle. Y el señó tiene dicho terminantemente que no quiere verlo ni pintao.

ROSA. Dile que pase. Sabe Dios lo que querrá.

CELE. Sí, señora. *(Desde la puerta del foro en alta voz.)* Pase usté, don Paquito. *(A Rosalía.)* ¡La gibia que tiene el niño! ¡Y que sea andaluz...! Estos son los que vienen a Madrí y nos echan un borrón a tos. Repare usté, señorita, el impermeable que trae el angelito. Dise que se lo han mandao de Marsella.

PAQUI. *(Desde la puerta.)* ¿Se puede...? *(En efecto, trae un impermeable que, por lo claro, lo cor-*

to, lo encinturado y lo respingón llama la atención.)

ROSA. Adelante, Paquito. ¿Qué tal, cómo está usted?

PAQUI. Pues aquí estamos.

ROSA. ¡Jesús, qué elegancia!

PAQUI. *(Muy ufano.)* De Marsella na más. Y floja porvarea que ha armao.

ROSA. Siéntese.

PAQUI. *(Sentándose.)* Sí, señora.

CELE. *(Haciendo mutis por el foro.)* (¡De Estepa tenía que sé!) *(Vase.)*

PAQUI. Bueno, lo de usté no será na, ¿verdá? Dengues y "jaquequiyas" de na, ¿no?

ROSA. Sí, nada de particular. Y dígame: ¿Qué le trae por aquí...?

PAQUI. ¡Psch...! "Cosiyas" de uno. Ayé domingo quise vení por la mañana pa cogé aquí a su papá, pero se me hizo tarde. Como los domingos echa uno argo más en asicalarse, porque es er día que se lava uno los pie...

ROSA. Allí en la casa hay cuarto de baño, ¿no?

PAQUI. Y muy bonito que es. Como una pila de mármo muy lisa y muy pulimentá, con sus dos grifos y to. Pero lo que toca yo... pa er gato.

ROSA. ¿Cómo?

PAQUI. Que yo un día dije: ea, tanto hablá der baño y tanto hablá der baño; hoy me vi yo a bañá. Y me bañé; pero ¡ajú!, por poquito me mato; porque ar levantá un pie pa echarme fuera de la pila pegué un resbalón y me di con la cabeza en el borde de la bañera, que sartaron chispas. ¡Camará, qué jardaso pegué...! ¡Me vi yo a bañá otra ve! ¡Jajay...!

ROSA. Bueno, pues usted me dirá, porque es que...

PAQUI. Sí, señora, verá usté. No sé si usté sabrá que yo me he puesto en relasiones con Blanquita, la hija de la pupilera.

ROSA. ¡Ah! ¿Sí...?

PAQUI. Sí, señora *(Dándolas de vivo.)*, diplomasia y "estarategia".

ROSA. No comprendo.

PAQUI. Pues que a mí la muchacha no me importa na, ¿sabe usté? Lo que pasa es que yo m'he puesto en relaciones con ella pa que mi padre se entere, y como está feo que los novios vivan bajo er mismo techo m'autorice a mudarme a otra casa, que es lo que yo quiero.

ROSA. ¡Ah! ¿Pero...?

PAQUI. *(Como antes.)* Diplomasia y estrategia. Porque, mire usté, es que yo en la casa no pueo seguí, porque entre la madre y la hija me tienen frito. Desde que entré me pusieron los puntos, ¿sabusté? Y como a mí m'han gustao siempre las niñas, pues tuve un lío con la niña, y se enteró ella d'un modo, que yo, pa salí bien, le pedí relasiones, porque así sargo de allí, y en cuanto yo sarga de allí, sargo de eso. Además, que así no se podía vivi, porque ella quiere que yo sea abogao pa que aluego sea diplomático, y to es haserme estudiá, y en nuestras conversaciones de novios no me habla más que de las asirnaturas, que eso es mu omsno. En cambio, la madre dice que eso de las carreras es cosa muy larga, que no sirve pa na, que teniendo mi padre dinero, lo que yo debo hacé es casarme y largarme a Estepa, y en cuanto me pongo a estudiá arguna ve, entra y me quita la voluntá.

ROSA. ¡Jesús!

PAQUI. Por otro lao, los güéspedes me van a da un día un gorpe, porque como en la casa no se come más que lo que a mí me gusta, y a mí lo que me gusta es la sopa de yerba con su nujita de seboya, y er picaiyo de tomates y pimientos, también con seboya, y las menestras enseboyás, y me gusta que to tenga seboya, pus dicen los güéspedes que son ya muchas seboyas, y antie armaron lo cuyo, porque hasta los dos curas dicen que han pecao en confesonario por mo del oló a seboya.

ROSA. Bueno y, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que usted quiere?

PAQUI. Hombre, pues que don Mario, o don Felipito, o usté, si a mano viene, le escriba a mi padre contándole lo que ocurre pa que de él parta el que yo me vaya de la casa y pueda recobrá mi libertá. Diplomasia y estarategia.

ROSA. *(Levantándose.)* Perfectamente; pues no hay más que hablar.

PAQUI. *(Sin moverse.)* Muy bien.

ROSA. Márchese tranquilo, que hoy mismo quedará la carta en el correo.

PAQUI. *(Idem de idem.)* Eso.

ROSA. *(Nerviosa.)* (Nada, que no hay manera...)

CELE. *(Por el foro.)* Señorita...

ROSA. ¿Qué?

CELE. Que está ahí una mujé preguntando por la señorita María Isabel. Dise que es Josefilla, la de Bollullos.

ROSA. *(Un poco sobresaltada.)* ¿Eh? ¿Qué habrá sucedido...? Dígale que pase. *(Se va Celedonio.)*

PAQUI. ¿Josefiya la de Boyuyo? ¿Esa es la que mandó a Madrí mi tía Carmela la de Benacazón?

ROSA. *(Que no sabe qué contestar.)* Sí, creo que sí...

PAQUI. Pues ésa es hija del ama que a mí me crió.

JOSEF. *(Por el foro, seguida de Celedonio.)* ¿Se puede?

ROSA. *(Saliendo al encuentro, un poco nerviosa.)* ¿Qué es eso, ama, qué ha sucedido?

JOSEF. Na, zeñorita, que he venío a Madrí a mercarle a mi Alipóiito un empermeable, y como sé que está aquí la zeñorita María Isabé, pos vengo a verla.

ROSA. Aguarde, yo misma la avisaré.

JOSEF. Zí, zeñorita.

ROSA. ¡Ah! Celedonio...

CELE. *(Acercándose a ella.)* Señorita.

ROSA. Llévese usted al señorito Paco.

CELE. ¿Pero...?

ROSA. Como sea.

CELE. Yo me lo llevaré con habilidá, descuide usté. *(Se va Rosalía por la primera puerta de la izquierda.)*

PAQUI. *(A Josefilla.)* Usté no me conoce a mí.

JOSEF. No, zeñó.
PAQUI. Pues usté es hermana mía de leche.
JOSEF. ¿Eh? ¿Usté es Paquito...? ¿Er poyo seboya, como le disen...?
PAQUI. *(Contrariado.)* ¡A cayá...!
JOSEF. ¡Josú! ¿Quién se iba a pensá que usté eras tú? M'alegro de verte, hombre.
CELE. *(Cogiendo a Paquito del brazo.)* Bueno, venga usté conmigo.
PAQUI. ¿Adónde?
CELE. A la calle.
PAQUI. ¿Por qué?
CELE. Porque m'han dicho que se vaya usté a la calle; que aquí ha hablao usté ya esta tarde to lo que tenía que hablá.
PAQUI. *(Sin enfadarse.)* Y es verdá. Amonos. Adió, mujé.
JOSEF. Adió, hombre... Escucha, ¿aónde t'has comprao ese empermeable? Porque yo quiero uno pa mi Alipólito.
PAQUI. ¿Como éste? Estás tu fresca.
JOSEF. ¿Por qué?
PAQUI. Porque éste es un marsellés.
CELE. *(Empujándole y obligándole a hacer mutis.)* ¡Hala, hala...! *(Se van.)*
JOSEF. *(Riendo.)* ¡Mira que desí que es un marzelié...! ¡Ni que estuviera yo chupándome er deo...!
M. ISA. *(Seguida de Rosalía, por la primera puerta de la izquierda.)* ¡Ama...!
JOSEF. ¡Zeñorita...!
M. ISA. ¿Pero qué locura es ésta...?
ROSA. Yo vigilaré, no sea cosa que vengan... *(Se va por la segunda puerta de la izquierda.)*
JOSEF. Zeñorita, no me riña usté. Es que he venío a comprarle a mi Alipólito un empermeable, y además que en aquer pueblo, siempre solos, s'ajoga uno.
M. ISA. ¿No va a verte mi hermana de vez en cuando?
JOSEF. Sí, pero la zeñita Rosalía no es usté, no es la madre de mi niño de mi arma.

M. ISA. *(Temerosa.)* No diga eso en alta voz, estando en esta casa.

JOSEF. Pierda usté cudiao. Ya sé que aquí s'ha menesté jaserse la disimulá; pero yo soy de Boyuyos, y los de Boyuyos semos mu reservaos. Lo sabe to er mundo.

M. ISA. Bueno, ¿y el niño? Dígame, ¿cómo está?

JOSEF. Muy bien; pero al pobresito mío entavía se le conose el arrechucho.

M. ISA. ¿Eh? ¿Ha estado enfermo?

JOSEF. ¿Osté no lo sabía?

M. ISA. No; mi hermana no me ha dicho...

JOSEF. Misté por dónde he metío yo la pata sin queré. Pocas veses jasemos esto las de Boyuyos.

M. ISA. *(Nerviosa.)* Cuénteme, cuénteme, por Dios.

JOSEF. No s'apure usté, zeñorita, que l'aseguro que ya está güeno der to.

M. ISA. Pero ¿qué ha tenido?

JOSEF. Anginias malinas, de esas de garrotiyo que se llevan a las criaturas sin sentí. ¡Qué malito ha estao, zeñita! Ahora, que tropesó con un médico, que ¡vaya un médico, zeñorita! Un ágel der sielo, como pa pintarle unas alas y ponerlo en una estampa pa el libro de misa.

M. ISA. ¿Quién es?

JOSEF. Er médico der pueblo.

M. ISA. ¿Cómo se llama?

JOSEF. ¡Ay, yo qué sé! Er médico. Se presentó en la casa la noche de la gravedá, y jiso er milagro de ponerlo güeno. Porque fué un milagro, zeñorita; que estaba ya er pobresito mío casi sin respirá y con los ojos güertos...

M. ISA. ¡Jesús!

JOSEF. ¡Pero hasta ahí un hombre! Pinchazo aquí, enyersiones allá, baños mu calientes, y na, que lo resusitó. Y aluego... ¡Virgen!... Iba dos y tres veces tos los días y se pasaba las horas mirándolo y cogiéndolo en brasos y jugando con él, que un padre no le hubiera demostrao más cariño.

M. ISA. ¡Unos deseos tengo de verle...!

JOSEF. *(Misteriosa.)* ¿Sí...? Pos baje usté a la puerta del jardín.

M. ISA. ¿Eh? ¿Le has traído?... ¡Dios mío!

JOSEF. Claro, señorita ¿iba yo a dejarlo sin su "resturán"? Lo tiene en brasos mi Alipólito, que se da muchísima maña. Ya verá usté qué abrigaito lo traigo.

M. ISA. *(Indecisa.)* ¿Pero...?

JOSEF. *(Animándola.)* Vamos...

ROSA. *(Entrando precipitadamente por la segunda puerta de la izquierda.)* ¡Cuidado, María Isabel!

M. ISA. ¿Eh?

ROSA. Vamos... Prepárate a la entrevista con papá.

M. ISA. Sí; pero antes...

ROSA. ¿Qué?

M. ISA. Nada, voy a... Es un momento. Abajo en el jardín estoy. *(A Josefilla.)* Vamos. *(Se va con Josefina, de prisa, por el foro. Tras una breve pausa, entran en escena, por la segunda puerta de la derecha, don Mario, don Gaspar y don Felipito.)*

GASP. Tiene razón don Felipito, querido Mario. No es posible prolongar esta situación.

ROSA. Así se lo hemos dicho todos cientos de veces; pero...

MARIO. Pero ¿qué más queréis? ¿No os he complacido en cuanto deseabais? ¿No está aquí María Isabel?

GASP. ¿Crees que has hecho bastante con haberla recogido? ¿Has a dejarla en el arroyo cuando tu hermano levantó su casa para irse al convento?

ROSA. Yo le digo constantemente que una hija no puede estar al lado de su padre el huésped molesto a quien se recluye en una habitación para evitar su presencia.

GASP. ¡Como que es absurdo! A cualquiera a quien se le dijese que María Isabel lleva aquí no sé los días, y que aún no la ha visto, se negaría a creerlo.

MARIO. ¿Pretendéis convencerme de que he debido recibirla con muestras de júbilo? Mi hija predilecta era quiza; si su conducta ha entibiado mi afecto, ¿a quien puede culpar más que a ella misma?...

GASP. Las culpas se perdonan.

MARIO. Pero no se olvidan.

ROSA. También, padre, también.

FELIPI. ¡Ya lo creo!

MARIO. ¿Queréis martirizarme?

GASP. Queremos convencerte de que este estado de cosas no puede durar ni un día más. Hasta ahora ni Rosalía ni yo hemos querido plantearte resueltamente el problema. Teniendo en cuenta tu carácter, comprendiamos que no había sido poco para empezar conseguir que consintieses en que María Isabel volviera a esta casa. Pero ya has tenido tiempo de serenarte y de comprender que esto no puede seguir así. ¿Vas a obligarla a estar encerrada en su cuarto mientras viva? ¿Vas a condenarla a no volver a verte nunca más? Considera que eso no es posible, que es estar loco el imaginarlo siquiera.

MARIO. Pero ¿qué queréis de mí?

ROSA. ¿Qué hemos de querer, padre, sino lo que tú quieres también, lo que a ti mismo te pide tu propio corazón, aunque te empeñes en no escucharlo?... Que perdones. Es impío prolongar de ese modo el rencor.

GASP. Tienes razón, y como para esa enfermedad no puede haber más que una medicina, vamos a dársela, de grado o por fuerza, en este mismo instante. ¿Dónde está María Isabel?

ROSA. En el jardín; espere usted... *(Se dirige al balcón del foro, si lo hay, y si no desde la puerta.)*

MARIO. ¿Eh? ¿Pero...?

ROSA. *(Llamando.)* ¡María Isabel!...

MARIO. Esto es una emboscada...

GASP. No; esto es obligarte a cumplir con tu deber; con el verdadero, no con el imaginario.

FELIPI. Es darle la felicidad, don Mario. He vivido mucho más que usted y sé que usted no puede ser dichoso sino después de perdonar a su hija.

ROSA. *(A María Isabel, que entra en escena por la puerta del foro y se detiene en el umbral.)* Entra sin temor, María Isabel. Papá te espera y te perdona.

M. ISA. *(Echándose a sus pies y besándole una mano.)* ¡Padre!

MARIO. Levanta.

M. ISA. Déjame primero decirte todo el bien que me haces con tu perdón, sin el que ya no podría vivir...

MARIO. Echemos un velo sobre lo pasado; no hablemos de ello.

M. ISA. Gracias, padre; esta nueva generosidad aumenta mi gratitud... Pero ¿no me abrazas?...

MARIO. *(Fríamente.)* Sí... ¿Por qué no?... *(La abraza, seria, inefusivamente.)*

M. ISA. Tu abrazo es de hielo, padre. Por Dios, no me guardes rencor. He sufrido demasiado, sobre todo, desde que he vuelto a esta casa, a pesar de tanto como deseaba volver.

MARIO. ¿Pues qué te faltaba aquí?

M. ISA. ¿Puedes preguntármelo? Me había faltado hasta ahora lo que principalmente venía buscando: tu cariño; pero no era eso sólo la causa de mi tormento: lo era también el vivir separada de mi hijo...

MARIO. ¿Acaso pretendías...?

M. ISA. Yo no pretendo nada, padre. ¿Sospechas que pueda rebelarme contra ti? Quiero ser una hija sumisa y obediente en todo. Ya ves que no he intentado ni verte hasta que tú me has llamado... Pero ahora, ya conseguido tu perdón, no debe sorprenderte que te hable de lo que es y debe ser el único objeto de mi existencia: de mi hijo.

MARIO. ¿De tu hijo?...

M. ISA. Bien comprenderás que él es ya lo único que

me interesa en el mundo, y puesto que he de ajustar mi vida a lo que tú dispongas, quiero pedirte que seas piadoso conmigo, que tengas en cuenta que el amor y el deber me reclaman al lado de quien no tiene en la tierra más amparo que yo...

MARIO. ¿Cómo? ¿Piensas, tal vez, en traer a tu hijo a esta casa?

M. ISA. No digo tanto. Comprendo que eso no puede ser; pero es preciso buscar algún medio de que...

GASP. Tiene razón, Mario; es preciso buscar la manera de que todo se concilie.

ROSA. Yo lo tengo pensado ya. Buscaremos cerca de aquí un cuartito donde instalarlo con su nodriza, haciendo pasar a ésta por su madre, y a mí por protectora de la pobre mujer. Siendo así, a nadie puede extrañar que mi hermana vaya de vez en cuando a visitar conmigo a una protegida...

MARIO. Ni yo puedo prestarme a semejante farsa, ni con ella mantendríamos oculto nuestro deshonor. Ese niño debe vivir lejos, muy lejos de su madre.

M. ISA. ¿Eh? ¿Qué dices?... ¿Vivir yo sin él?...

MARIO. Es preciso, por el pronto, al menos.

M. ISA. No, padre; no es posible que mantengas una sentencia tan cruel. Yo quiero obedecerte. No me incites a la rebeldía... *(A un gesto de don Mario.)* Sí. Nadie puede conceder lo que es superior a sus fuerzas, lo que no debe exigirse a ninguna criatura humana... ¿Qué digo a una criatura?... ¡Las fieras mismas no abandonan a sus hijos!...

ROSA. Tranquilízate, María Isabel. Papá comprenderá al fin...

M. ISA. Así lo espero, y por eso llamo a su corazón. Mírame a tus plantas, padre mío... ¡Perdóname... del todo!

MARIO. Te repito que estás perdonada. ¿Qué más quieres?

M. ISA. ¿De modo que no puedo esperar de ti más que ese perdón frío, seco, sin amor y sin ternura?... ¡Y a cambio de él me pides el mayor sacrificio que puede pedirse a una madre; que renuncie a tener a su lado al hijo de sus entrañas!... No, padre; contra eso me rebelo... ¡A ese precio no quiero tu perdón!

MARIO. ¿Qué dices?...

M. ISA. Lo que me parte el alma tener que decirte: que tasas en mucho lo que vale poco.

MARIO. ¡¡María Isabel!!...

M. ISA. No es el que tú me concedes el perdón que yo esperaba. Tu concepto rígido del deber será tal vez el que debe tenerse, pero es inhumano. Dios nos manda ser justos, es cierto; pero también nos manda ser misericordiosos. Su perdón no va unido al rencor, sino a la piedad. Al otorgárselo dice al pecador: "El llanto que derramaste sobre tu culpa ha borrado su huella ante mis ojos. Tú la redimiste, y yo la olvido." Ese es el perdón piadoso, el perdón cristiano... El que tú me ofreces, envuelto en severidades y no en dulzuras, te lo repito, padre, no lo quiero..., ¡¡no lo quiero!!

MARIO. ¿Eso es decirme...?

M. ISA. Esto es decirte la verdad. Ya que como hija me haces infeliz, no me fuerces a ser encima mala madre.

MARIO. ¿Quieres salir de esta casa?

M. ISA. Sí.

MARIO. ¿Sola?

M. ISA. Con mi hijo.

MARIO. Y ¿adónde iréis?

M. ISA. Adonde Dios quiera llevarnos. Llamaré a todas las puertas.

GASP. No tendrás que llamar a ninguna, porque las mías están siempre abiertas para ti.

M. ISA. ¡¡Don Gaspar!!...

GASP. *(Abrazándola.)* En mi casa encontraréis tu hijo y tú lo que aquí os niegan: cariño. Y ahora dejadme con vuestro padre. Tal vez yo

consiga que revoque su sentencia. *(Tristemente se van por la izquierda, primera puerta, Rosalía, María Isabel y don Felipito.)*

GASP. *(Tras una breve pausa.)* Si no te conociese de antiguo y no supiera que eres el hombre más recto de la tierra, pensaría que habías nacido sin corazón.

MARIO. Harto dolor me cuesta ser como soy, Gaspar: pero no puedo modificarme... ¡No puedo!

GASP. Pues en este caso, quieras tú o no quieras, hay que conciliar tu justo empeño de que la falta de María Isabel no trasluzca para el mundo con su legítimo, con su santo deseo de vivir cerca de su hijo.

MARIO. Lo que me pides no es posible.

GASP. Tal vez sea para mí mayor sacrificio pedirlo, que para ti concederlo. Porque lo que para ti supone un dolor al que no te resignas, sería para mí el mayor de los goces, acaso el único a que puedo ya aspirar en la vida... Y, sin embargo, renuncio a él y te lo cedo, para que tú cumplas con tu deber, para que no te quede el remordimiento de haber abandonado a tu hija.

MARIO. Es que la condición que impone... Ese niño...

GASP. ¡Qué modo de sentir tan distinto tenemos! Ese niño, que debía representar lo mismo para los dos, puesto que junta en sus venas tu sangre con la mía, para ti no es más que motivo de enojo y aborrecimiento, y para mí es lo más sagrado que existe... Tú le arrojas con ira de tu lado; yo, por tenerle junto a mí, daría mil vidas que tuviese.

MARIO. ¿Vas a comparar...? La existencia de esa criatura no mancha tu nombre como mancha el mío. El mundo es así.

GASP. ¡El mundo!... ¡El mundo!... No es del mundo, sino de nuestro deber y de nuestro corazón de lo que se trata. Cierto que tiene que ser doloroso para ti pensar en ese pobre niño que te recuerda lo que se mira como una afrenta;

porque la injusticia de los hombres ha decretado que las culpas de la mujer sean imperdonables, aunque seamos nosotros, los hombres, los causantes de esas culpas; pero eso mismo hace mayor la obligación en que estás con él. ¿Vas a abandonarle porque es desgraciado? ¿Vas a negarle tu cariño porque no tiene nombre? Tú sabes que lo tiene, aunque no pueda llevarlo: el mío, el que mi hijo le hubiera dado... Vuelve en ti, Mario; considera que nuestro nieto, porque lo es de los dos, tiene derecho a que los dos le amemos igualmente.

MARIO. Calla, que no sabes el daño que me hace escucharte.

GASP. ¿Daño?... ¿Por qué?

MARIO. Porque acaso tengas razón; acaso yo debería ser como todo el mundo, amoldarme a las flaquezas humanas... Pero cuando siento el impulso de hacerlo, otro impulso más irresistible me contiene, me...

GASP. Tú no has llorado nunca, ¿verdad?

MARIO. Nunca.

GASP. Pues ahí tienes la causa de lo que te sucede. No eres un hombre como los demás, porque te falta esa condición que todos tenemos. No hay quien no haya llorado alguna vez en su vida. Al cegar en ti la fuente de las lágrimas, te has condenado a ser infeliz.

MARIO. ¡Gaspar!

GASP. Anda, vamos, la tarde va cayendo y es la hora de nuestro paseo. Desengáñate, Mario: hasta que no llores no serás feliz.

MARIO. El llanto es una debilidad.

GASP. No blasfemes. El llanto es el mayor bien de las criaturas. Dios lo puso al lado de las penas para consolarlas, y al lado de los goces para hacerlos más hondos. Dolor que no llora, mata; alegría que no rompe en lágrimas, no es verdadera alegría. El llanto ablanda los corazones y arranca de ellos la dureza y la crueldad. Sólo los malvados no lloran, y por eso no

tienen redención, porque no saben buscar en las lágrimas la fuente bendita de la piedad, del bien, del amor... Aprende a llorar, Mario; lo necesitas... Pero, sobre todo, no te ufanes de no haber llorado jamás, porque eso equivale a ufanarte de no ser bueno, y tú lo eres, aunque te empeñes en no querer serlo. ¡Lo eres! ¡Lo eres! *(Llorando.)* ¡Anda, vamos, vamos, Mario! *(Inician el mutis.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Gabinete en casa de don Gaspar. Gusto y riqueza en el mobiliario. Una puerta en el foro, y otra en cada lateral. Es de día.

(Al levantarse el telón están en escena Rosalía y don Felipito.)

ROSA. Don Gaspar no está, y María Isabel está durmiendo al niño. Podemos continuar nuestra conversación sin que nadie nos oiga.

FELIPI. Pero ¿qué acabas de decirme, Rosalía? No me vuelvas loco, por Dios. ¿Es verdad que mi nieto quiere a María Isabel?

ROSA. Sí, don Felipito, sí; está enamorado de ella. No la juzga, ni la ha juzgado nunca culpable, y quiere casarse con ella, darle su nombre y dárselo igualmente a su hijo... ¡Es el mejor de los hombres!

FELIPI. ¡Jesús, Jesús!...

ROSA. La quería de siempre, don Felipito, ¡de siempre! Pero guardaba su cariño en el corazón, como en un santuario. Si ella quería a otro, ¿qué había de hacer el pobre? Por eso calló entonces. Luego sobrevino la catástrofe, la ausencia de María Isabel... ¡Cómo la quiere! ¡Si le hubiera usted oído como yo!

FELIPI. ¿Y tú le oíste sin venderte? Porque yo sé que tú, Rosalía, también de siempre...

ROSA. ¡Calle usted, por Dios!... ¡Que nadie sepa nunca...!

FELIPI. ¿Pero...?

ROSA. Lo que hace falta es que mi hermana encuentre el apoyo que necesita; que ese niño tenga el nombre que no tiene. Yo..., ¿qué importa? Ya vendrán tiempos mejores. Sabe Dios cuántas venturas me tendrá reservada la vida.

FELIPI. ¡Rosalía!

ROSA. Le aseguro que toda la ilusión que tenía puesta en Rafael la he puesto ahora en que mi hermana y él sean venturosos. Le he prometido que seré yo misma quien hable con María Isabel y le haga saber su generosidad y su cariño. A eso he venido a esta casa.

FELIPI. ¡Qué buena eres, hija mía! *(Conmovido.)*

ROSA. Vamos, vamos...

FELIPI. ¿Conoce don Gaspar los deseos de mi nieto?

ROSA. Esta mañana he hablado con él y le he visto llorar de satisfacción. En cuanto a mi padre, es necesario que ahora mismo le busque, le hable y le suplique que venga. María Isabel debe salir de aquí; el día de la boda no puede salir de otra casa que de aquélla, que es la suya.

FELIPI. Sí, dices bien. Voy en seguida. Hasta luego, hija mía..., y Dios te premie tu sacrificio.

ROSA. Me lo premiará, don Felipito. Espero aún ser dichosa. *(Mutis de don Felipito por el foro y de Rosalía por la derecha.)*

CAR. *(Entrando en escena por la izquierda, con Josefilla.)* ¡Por Dios, ama, que va usted a reventar!

JOSEF. *(Sin que se le entienda lo que dice, porque tiene la boca llena.)* ¡Qué reventá ni qué reventá! Me cabe a mí entavía er doble de lo que he comío. Además, que estos churros de Madrí n'alimentan na. Ya se quisieran paresé a los

de Boyuyo, que allí no se llaman churros, sino tejeringo, que es más fino y más propio.

CAR. ¿Más propio?

JOSEF. Claro, señora; no ve usté que los hacen con una coza azín como una "jeringua", que s'aprieta azín y zale azín... *(Acercándose a la puerta de la derecha.)* ¿Eh...? Creí que yoraba er niño...

CAR. ¿No lo tiene su madre?

JOSEF. Zí, zeñora. Como la probeziya estaba anzioza de é, pos quié tenerle a toas horas y ha querío eya dormirlo esta tarde. Trabajiyo le está costando, porque entadía la extraña é una mijita. Como es un chiquiyo tan despabilaísimo... ¡Esta noche pazá ni'ha dao una noche...! ¡Josú, Dios mío, qué noche! Se dispertó a eso de las tre, y a las cuatro y media estaba entadía con ea ojo azín d'abierto. Lo paseaba, y cayao; pero en cuanti lo echaba en la cuna, a yorá s'ha dicho. Y es que cuando estábamos en Torreiodones, er que lo dormía a media noche era siempre mi Alipólito, ¿sabusté?, y como ahora ezo no pué ze, porque no quiere la zeñora que Alipólito duerma serca de mosotro, pues tan y mientras que la cratura s'acostumbre, vi yo a pasá las negras y las morás.

CAR. Por lo que se ve, su marido de usted se da mucha maña...

JOSEF. Zí, zeñora; es mu listísimo, porque eso no se pué negá, y ademá de mu listísimo, es mu niñerísimo. El lo zarandea cantándole una coza que está mu de moda en Boyuyo, y que dice: "Hay que ve, hay que ve, la ropa que gastaba la probezita de mi agüela que esté en gloria", y en cuanti que er niño lo oye se quea como un pajarito.

HIPOL. *(Por la puerta de la izquierda.)* Hola... *(Tiene una cara de bestia que espanta. Calza botas de campo, usa un pantalóncillo malo y estrecho y se cubre con una gabardina verdosa, con su cinturón y todo. Debe dar la sensación de un*

campero que en pleno campo se quita la americana y el chaleco y se planta una gabardina encinturada. Estará como para tirarle piedras.)

JOSEF. ¡Jozú, Alipólito, con razón te yama ya to er mundo "Gabardina", porque es que no la zuertas!

HIPOL. ¿Y pa qué la vi a zortá si es una prenda que me da a mí mi tiemple? Porque yo me la pongo en lugá de chaqueta, y me da a mí un tiemple que me gusta a mí este tiemple.

JOSEF. Güeno, hombre.

HIPOL. Ademá, que me sae a mí mu bien, y cuando me pongo yo mi güen ancho, mi pañolito colorao ar cuyo, mis espuelas pa di sonando, m'aprieto er cinturón y m'echo a la caye, me mira a mí la gunte, que ante no me miraba.

CAR. Y si se pone usted unas plumas y unos cascabeles, puede que hasta se vayan detrás de usted.

HIPOL. *(Quemado.)* Sí, ¿eh?

CAR. Claro.

HIPOL. ¿Sabe usté lo que yo le digo a usté? Pues que Seviya está ar lao del río.

CAR. ¿Y eso qué es?

HIPOL. Esto es una coza que yo digo cuando quiero rematá una conversasión. Y ya está dicho. Porque usté la tiene tomá una mijita cormigo, y a mí, er vinagre, en la enzalá, zeñora.

CAR. Pero...

HIPOL. Y usté es la que m'ha puesto a mí er mote de "Gabardina", que eso me lo ha dicho a mí el portero.

CAR. ¿Yo?

HIPOL. Y en er desayuno me pone usté esos bizcochos larguitos y blandos, que yo les yamo buzos, porque le gusta a usté que ar mojarlos me se vayan ar fondo, como me se van; que yo la he visto a usté reírse. Pero yo, por ahora, no quiero dejusios. Que llueva, que ya escampará; pero cuando llegue la hora e la revancha, me vi a jugá tos los amarracos.

CAR. Pero ¿qué está usted diciendo?...

HIPOL. Que Seviya está ar lao del río. *(A Josefilla.)* Qué, ¿has meriendao?

JOSEF. Sí. ¿Y tú?

HIPOL. Como er Quico m'he puesto. Dempué de la leche, der chocolate y de las ensimada, m'he comío dos embocadiyos de jamón, que me he jinchao.

JOSEF. Eso de los embocadiyos m'ha fartao a mí.

HIPOL. Ascucha, ante que me s'orvíe, Josefiya, que esto lo traigo yo en er sentío dende antié. Hay que escribirle a tu mare. A ve si aluego la zeñorita o er mesmo generá nos escriben la carta.

JOSEF. ¡Es que me da una fatiga pedírselo...! *(A Carmen.)* Si usté nos la quisiera escribí...

CAR. Yo, no. Tengo muy mala letra y pongo muchas faltas de ortografía.

JOSEF. ¡Qué más da! ¿Verdad?

HIPOL. ¿Cómo qué más da? ¡Ya lo creo que da! Podría desí cuarquiera: "Vaya una letra y vaya una artografía que tiene Alipólito". Y yo, por lo mesmo que no sé escribí, ni tengo mala letra ni mala artografía.

CAR. *(Atenta a un rumor de voces que cree percibir dentro.)* ¿Eh?... Aguarde usted, que han abierto la puerta y no sé por quién preguntan... *(Se va por el foro.)*

HIPOL. *(Por una caja de plata que habrá sobre una mesa.)* ¿Habrán echao aquí sigarros? Sí; llenita está. Y de los que a mí me gustan... *(Saca su petaca, la llena de cigarrillos y luego enciende uno.)* Esto es Juajua, Josefiya.

JOSEF. ¿Juajua?

HIPOL. Sí, mujé; un paí aonde había ríos de vino y montañas de piñonate. Porque esto es vivi. ¡Qué comía, qué cama con muelles, y hasta con tu mesilla de noche con sus dos tablitas pa poné en una las botas y en la otra er sombrero!... Bueno; lo que toca yo, no me voy de Madri. A mí m'ha gustao esto, y aquí hago yo

carrera. Mañana doy la primera lersión pa chaufe. Con lo que tu ajorres, compramos un tarsi, y cuando sepan en Boyuyo que tenemos artomóvi se van a morí d'envidia dezisiete o deziocho.

CAR. *(Por el foro.)* Ahí está un joven que dice que trae un recado para ustedes, de parte de una tía suya que vive en Benacazón.

JOSEF. Ésa debe sé Paquito Zaujuán, mi hermano de leche, er sobrino de doña Carmen, la cazá con ése que le dicen Pitisfi. *(A Carmen.)* Digalusté que pase.

CAR. *(Desde la puerta del foro.)* Pase usté por aquí.

JOSEF. Ese nos va a escribí la carta.

HIPOL. ¿Sabrá?

JOSEF. Si está aquí aprendiendo pa diplomático.

CAR. *(Extrañada.)* ¿Eh?...

PAQUI. *(En la puerta del foro.)* ¿Se puede? *(Viene con su gabardina y con una corbata que quita el sentido.)*

JOSEF. ¿No lo dije? Entra, hombre.

PAQUI. Hola, mujé; m'alegro de verte, ¿y tú?

JOSEF. Bien, ¿y tú, cómo estás?

PAQUI. Aquí estamos. ¿Este es Hipólito?

JOSEF. Este es Alipólito.

PAQUI. M'alegro de verle tan güeno. ¿Cómo está usté?

HIPOL. Bien, ¿y usté?

PAQUI. Aquí estamos. *(Se sienta y se repantiga.)* Ajú, que venía yo cansao.

CAR. (Qué tres pies para un banco. Lo que era esta casa, y ahora...) *(Toma una bandeja para marcharse.)*

JOSEF. Y dime, hombre, dime.

PAQUI. *(Por Carmen.)* Espera que se vaya la tía ésta.

CAR. ¿Eh?... Pero... ¡oiga usted!...

PAQUI. *(Ingenuo.)* ¿Qué?...

CAR. *(Refrenándose.)* Que... "Sevilla está ar lao del río." *(Vase.)*

HIPOL. ¡Ole!

JOSEF. Dí, hombre, dí.

PAQUI. Pues na, que como en Boyuyo no saben las señas d'ustede, l'han escrito a mi tía Carmela, la de Pitistí, y mi tía m'ha escrito a mí.

HIPOL. Usté está aquí estudiando, ¿no?

PAQUI. Sí, señó, estudiando pa sé diplomático.

HIPOL. ¿Y eso qué es?

PAQUI. Pos unos que se van al extranjero a arreglá las cuestiones de los países. ¡To er día de chaqué! Unas vese habla uno en fransé y otras en inglé, según se tersia, y siempre está uno libre de cacho, porque no le puén pegá a uno.

HIPOL. ¿No?

PAQUI. No, señó. ¿No ve usté que le dan a uno un guantaso y se lo dan a España?

HIPOL. ¡Chavó!

PAQUI. Y como a España no se lo puén da, pues no se lo dan a uno.

JOSEF. ¡Claro!

PAQUI. Ademá, es una carrera mu descansá. Toas las noches de bailes y de óperas y de cines y de to. Mu descansá.

JOSEF. ¿Y cómo te va por Madrí, Paquito?

PAQUI. Hombre, ahora muy mal. ¡M'ha jugao una mi padre...! ¡Ajú! Porque es que yo estaba mu sujeto en la casa de güéspede y me eché de novia a la hija de la pupilera pa que me sacaran d'allí a la trágala; pero papá s'ha olío er juego, y m'ha dicho que pa mí no hay en Madrí más casa que ésa, y que si tengo novia mejón pa mí, y que si m'escurro y me tengo que casá con ella, mejón pa ella, y como yo a ella no la pueo tragá, porque es una niña mu tiesa, pos habemos reñío, y anda ella con una de convursiones y de patatuses, que me trae asao. Ademá, la madre, pa vengarse de mí, no me echa sebolla en ningún guiso, y yo, con toas estas cosas, no pueo estudiá. *(Maliciosamente.)* Bueno, con estas cosas y con una "júngara" que he conosio en Marsín, que vaya una mujé. Mu desente, ¿eh? Es ya argo viejorrilla, pero mu guapa y mu fina. Yo l'he hablao d'Es-

tepa, porque, claro, ¿de qué va a hablá uno con las mujeres...? Y dise ella que este verano se lo quiere pasá en Estepa en una finca de las nuestras. Y se lo pasa. ¡Anda! Con lo sensillota que es... Es mu campechana y mu distraia. Nunca lleva dineros ensima pa pagá y tiene uno que pagárselo to.

JOSEF. Bueno, ¿y qué te desían en la carta pa mosotro?

PAQUI. *(Buscando la carta en todos los bolsillos.)* Pos que los preparase a ustede y les dijera con diplomasia que s'ha muerto de repente un tío de ustede.

JOSEF. *(Impresionadísima.)* ¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, mi probesito tío Manué de mi arma!

HIPOL. ¡Vamos, mujé!

JOSEF. ¡Ay, qué doló de hombre, con ziete hijo! ¡Y de repente...! ¡Ay, qué impresión tan mala he resibío!

PAQUI. Vamo, Josefilla, recibela poco a poco, mujé.

HIPOL. Claro, mujé, que un tío no es un padre ni un hermano.

JOSEF. ¡Ay, Dios mío...!

HIPOL. Cármate, mujé, que de un digurto azín se te puén retirá las azumbres, y eso no pue se.

JOSEF. ¡Cómo se conose que no era tío tuyo, Alipólito!

HIPOL. Ajolá que lo hubiera sío pa que m'hubieras visto entero.

PAQUI. *(Encontrando la carta.)* Aquí está, hombre; si ya desía yo que la traía ensima.

JOSEF. ¡Ay, lee, por Dios!

PAQUI. *(Leyendo.)* "Acércate aonde vivan Josefilla, la de Matute, y su marido Hipólito Lobo, cuyas señas puede dártelas don Felipe, el administradó de don Mario, y con diplomasia y poco a poco, diles que er jueves se enterró José Juan Lobo, el tío de Hipólito, que tenía la droguería en la Plaza Vieja."

HIPOL. *(Afectadísimo.)* ¡Mi tío de mi arma! ¡Probesito mío; un santo que era...!

JOSEF. ¡Cuánto m'alegro que no haiga zío mi tío Manué!

HIPOL. ¡Mujé, Josefiya...!

JOSEF. ¿Y ha muerto de repente?

PAQUI. Aquí lo dise: *(Leyendo.)* "El pobre cogió er tifu y estuvo onse días entre la vida y la muerte, muriendo por fin de repente la noche del miércoles."

HIPOL. Hay que escribirle a su mujé dándole er pésame. *(Por Paquito.)* Si aquí quisiera hasernos ese favó.

PAQUI. ¿Ustedes no sabéis escribí?

JOSEF. No...

PAQUI. Pos yo escribiré. Venga papé y lapi.

JOSEF. Aquí en esta mesa hay de to. *(Se acerca a una mesa y trastea en ella.)*

PAQUI. Hombre, y venga también un sigarro porque de los chismes de fumá no me quea más que el hosico.

HIPOL. *(Dándole un pitillo.)* Tome usté, amigo. Y si quiere usté má, esa caja está que rebosa. *(Por la tabaquera.)*

PAQUI. Cogeré unos cuantos, porque estoy a dos vela. La júngara me tiene "ruchi". *(Toma un puñado de pitillos.)*

JOSEF. Ven acá. Aquí hay papé y sobre y tintero y to lo que hase farta.

PAQUI. Verás ustede qué letra; dibujos parecen. Hago yo unas a mayúscula, con una floresita d'armendro en er lomo... *(Rumor de voces dentro.)*

HIPOL. Gente viene, Josefiya...

PAQUI. ¡Ajú!

HIPOL. ¡Mardita sea la má!

JOSEF. En el cuarto del ama de llaves podemos escribí. Tráete los avío.

HIPOL. *(Cogiendo los útiles necesarios.)* Vamos.

JOSEF. Dos carta van a tené qué sé, Paquito.

PAQUI. Toas las que tú quieras, mujé. Y con ortografía, que yo no soy de esos que escriben asúca sin hache. *(Se van los tres por la puerta de*

la izquierda. Salen María Isabel y Rosalía por la segunda derecha.)

M. ISA. Bien, pues sepamos qué tienes que decirme.

ROSA. Prepárate a escucharlo, porque no lo esperas, María Isabel.

M. ISA. ¿Tal vez alguna mala noticia...?

ROSA. Al contrario: vengo a traerte una gran felicidad.

M. ISA. Para mí no puede haber ya grandes felicidades, Rosalía; pero no soy ambiciosa, me basta con la que tengo.

ROSA. Con poco te contentas.

M. ISA. ¿Te parece poco haber recobrado a mi hijo, no verme obligada a vivir separada de él; haber encontrado un hogar que nos ampare a los dos.. ?

ROSA. Me parece poquísimo para lo que mereces. Hay que aspirar a más. Tú necesitas un sostén en la vida, y tu hijo necesita un nombre, ¿no es cierto?

M. ISA. Tan cierto como imposible de conseguir.

ROSA. Calla y no ofendas a Dios. Yo te traigo ambas cosas.

M. ISA. *(Asombrada.)* ¿Eh...?

ROSA. En este momento no te hablo por mí misma. Te hablo en nombre de quien te ofrece por mi conducto su mano. *(Conmovida.)* Abre tu pecho a la esperanza, María Isabel. Vengo de parte de un hombre a quien estimas, a traeros la felicidad a tu hijo y a ti. ¿No imaginas quién puede ser...?

M. ISA. *(Casi con el aliento.)* ¡Rafael...!

ROSA. Sí. Me ha confesado que hace mucho tiempo que te quiere, y me ha buscado por intercesora de su cariño.

M. ISA. ¿Y tú aceptaste su encargo?

ROSA. ¿Cómo no había de aceptarlo, tratándose de tu porvenir, de tu ventura...?

M. ISA. Has hecho mal, Rosalía, has hecho mal. No debías ni escucharlo. Tu bondad y el cariño que me tienes no deben arrastrarte a cometer

una mala acción. ¿Pensabas engañar a un hombre honrado, a un amigo de toda la vida?

ROSA. María Isabel, Rafael conoce tu secreto.

M. ISA. ¿Eh...?

ROSA. La casualidad se lo hizo saber desde el primer momento. Oyó sin querer tu escena con nuestro padre a raíz de la muerte de Luis...

M. ISA. ¡Dios mío...! ¡Qué vergüenza...! ¿Y conociendo mi situación ha ido a buscarte para que intercedas?

ROSA. Sí.

M. ISA. No es posible.

ROSA. Lo es, porque te quiere y es el más generoso de los hombres. Tu falta no te ha hecho perder a sus ojos. El no ve más que tu alma purificada por el dolor y tu desgracia, a la que anhela prestar amparo...

M. ISA. Yo no puedo aceptar el sacrificio de Rafael, Rosalía.

ROSA. ¿Pero no te he dicho que para él no es sacrificio? Te quiere con todo su corazón: te llevará siempre a su lado, no con vergüenza, sino con orgullo... Así me lo juró, y él no es capaz de faltar a un juramento.

M. ISA. Yo no dudo de su sinceridad. Si es cierto su cariño, que me llena el alma de gratitud y de alegría, aunque yo no pueda compartirlo, es natural que piense ahora lo que piensa; pero después... La vida es muy larga; las ilusiones dejan luego paso a la reflexión: la vejez no juzga las cosas con la ligereza que la juventud; podría pesarle la carga que echó sobre sus hombros, podría arrepentirse... Considera que lo que Rafael me ofrece hoy en un arranque de generosidad y de cariño puede constituir mañana su desventura. Nadie está obligado a dar su nombre a quien no lleva su sangre. Yo no debo aceptar ni por mí ni por mi hijo...

GASP. *(Que ha entrado en escena por la puerta del*

foro y ha oído casi toda la parrafada.) Por ti y por tu hijo debes aceptar.

M. ISA. ¿Usted me aconseja?...

GASP. Te aconsejo lo contrario de lo que me pide el corazón. Puesto que un hombre honrado quiere casarse contigo, cásate con él.

M. ISA. ¿Y es usted quien me lo dice?

GASP. Sí, yo; el mismo a cuyo hogar vino contigo un rayo de alegría, que contigo se irá de él para siempre; el mismo que no tenía otra ilusión que la de conservar a su lado ese niño... Por un sarcasmo de la suerte, no están ya en esta casa, que es la del hombre que te amó, que es la del padre de tu hijo, ni el esposo que tú escogiste, ni el nombre que tu hijo reclama.

M. ISA. ¡Don Gaspar!...

GASP. Si tu única aspiración en la vida es que tu hijo tenga un nombre honrado, ¿qué te detiene para aceptar el nombre honrado que te ofrecen para él?

M. ISA. Me detiene usted mismo con su generosidad, incitándome a que lo acepte; me detiene mi propio corazón.

GASP. ¿Tu corazón?

M. ISA. Sí. Rafael es el mejor de los hombres. Siempre he sentido hacia él una viva simpatía centuplicada ahora por su noble proceder; pero mi afecto es puramente amistoso, fraternal... Yo no le quiero. El cariño, el verdadero cariño, el que no se siente más que una vez en la vida, sólo puede inspirármelo... quien ya no existe. Casarme con otro hombre me parecería hacer traición a su memoria, y yo no quiero serle infiel; yo quiero vivir consagrada a su recuerdo siempre... ¡siempre!

ROSA. *(Conmovida.)* ¡María Isabel!

GASP. *(Idem.)* Calla; no hagas que mi voluntad varíe. ¿Qué más quisiera yo que contestarte: "Haces bien en ser fiel a la memoria de tu amor primero; yo te ayudaré a que lo seas. Lloraremos juntos; yo, al hijo perdido; tú, al

esposo no logrado; y ese niño será el lazo de unión entre nosotros..."? Pero no debo decirte eso, debo decirte lo que estoy seguro de que Luis mismo te diría si pudiese hablarnos desde la Eternidad: "Cásate con el hombre que te quiere; que él le dé a nuestro hijo el nombre que yo no pude darle."

M. ISA. *(Llorando.)* ¡¡Don Gaspar!!

ROSA. *(Comiéndose las lágrimas.)* ¿Ves cómo todos te decimos lo mismo...? Ea, se acabó. A no vacilar más y... a ser dichosa. Prepárate a dar una respuesta favorable a Rafael, que va a venir a buscarla...

M. ISA. ¿Eh? ¿Va a venir...?

ROSA. Ahora mismo. Yo no hago más que precederle para preparar vuestra entrevista.

M. ISA. Eso no es posible. Yo necesito pensar... *(Rumor de voces dentro.)*

ROSA. Ya no hay tiempo, María Isabel.

M. ISA. ¿Eh?

GASP. Sí; es él... *(Se dirige hacia el foro.)*

M. ISA. ¡Dios mío!

GASP. *(Desde la puerta del foro.)* Por aquí, amigo mío, pase usted.

RAF. *(Entrando.)* Buenas tardes. Tal vez llegue en un momento inoportuno...

GASP. Nada de eso.

ROSA. Llega usted adonde le esperan. Ahora mismo precisamente estaba anunciando a María Isabel su visita.

GASP. Les dejamos solos. Sepa usted, amigo Rafael, que lo que viene a decirle merece toda mi aprobación.

RAF. Gracias. *(A Rosalía, muy efusivamente.)* Y gracias también, Rosalía.

ROSA. ¿Por qué...? ¡A mí...! ¡Por Dios...! *(Se apoya en el brazo de don Gaspar, porque casi le faltan las fuerzas, y hace mutis con él por la derecha.)*

RAF. *(Tras una pausa embarazosa.)* Puesto que

sabe a lo que vengo, ¿a qué he de repetirlo? Sea usted quien hable, María Isabel.

M. ISA. ¿Que quiere usted que le diga, sino que me muero de sonrojo?

RAF. ¿De sonrojo?

M. ISA. Acabo de saber que conoce usted el secreto de mi vida.

RAF. *(Alajándola con viveza.)* No siga por ese camino. Lo que Rosalía le ha dicho, accediendo a mi súplica, ¿no ha despertado en usted ningún sentimiento?

M. ISA. El de la gratitud, Rafael. Su proceder conmigo es de tal generosidad que en vano busco palabras que expresen mi agradecimiento.

RAF. ¡Por Dios! No es gratitud lo que yo busco en usted.

M. ISA. ¡Rafael!

RAF. No se asuste. No pretendo que me quiera... Eso sería demasiado pedir, por lo menos ahora... si luego, más adelante, la pureza de mi cariño consiguiera encontrar eco en usted, me hará usted el más feliz de los hombres. Ahora sólo puedo decirle, María Isabel, que si no encuentra en mí el marido que ha soñado, encontrará por lo menos un amigo fiel que comparta sus dolores, un corazón leal que la comprenda y un brazo que la sirva de apoyo en la vida.

M. ISA. *(Conmovidísima.)* ¡Rafael...! *(Disimulan porque oyen hablar y ven entrar en escena, por la puerta de la izquierda, a Josefilla, Paquito e Hipólito.)*

JOSEF. *(A Paquito, dándole unos cuartos.)* Toma, pa los sayos.

PAQUI. Coste que tomo los dos reales pa que no digáis ustede.

JOSEF. Pues no fartaría ma, que ensima de escribí las cartas...

PAQUI. *(Guardándose el dinero.)* (Dos reales; menúo sabí se va a tomá la júngara.) *(Al ver a Ma-*

ría Isabel y Rafael.) ¡Ajú...! Pero si están aquí... Muy güenas... Me alegro de verlos.

HIPOL. *(Muy contento.)* Pero si es er médico der pueblo, Josefilla.

JOSEF. ¿Eh? *(Alegrísima.)* ¡Zeñorito de mi arma! ¿Usté aquí?

RAF. *(Imitando a Paquito.)* Aquí estamos.

M. ISA. ¿Pero ustedes conocen al señor?...

JOSEF. *(A Hipólito.)* ¡Mira que la pregunta!

HIPOL. De tonta parese.

PAQUI. *(Dándole un codazo.)* Que se cuela usté, compare.

JOSEF. Pero, zeñorita, si éste es er médico que ha sarvao a mi niño de mi arma.

M. ISA. ¿Eh? ¿Usted?

JOSEF. *(A Rafael.)* ¿Vasté a vení a verlo, señorito?

RAF. Sí, luego le veré.

PAQUI. Güeno, pues to eso está muy bien, pero yo me voy.

RAF. Vaya usted con Dios.

M. ISA. Váyase con el niño, ama.

JOSEF. Zí, zeñorita. *(A Rafael.)* De aquí aluego. *(Vase por la derecha.)*

PAQUI. Ea, no lo digo ma: buenas tardes.

HIPOL. (Me iré con él, no sea cosa que...) *(Hace con los dedos señas de robar.)*

PAQUI. *(Contrariado.)* ¿Viene usté?

HIPOL. Sí. *(Hace mutis con Paquito por el foro, poniéndose un enorme sombrero de ala ancha.)*

M. ISA. ¡Y no me había usted dicho nada, Rafael!

RAF. ¿Para qué decirlo...? Deseo evitar su gratitud, porque no quisiera que la gratitud influyera en su resolución.

M. ISA. ¡Qué bueno es usted!

RAF. Qué egoísta soy, dirá usted mejor. Ser su marido, teniendo que forzar su voluntad, sería para mí una tortura. Por eso le he ocultado, no mi asistencia a su hijo, que cualquiera le hubiera prestado lo mismo que yo, sino otra cosa que hubiera pesado más en su ánimo.

M. ISA. ¿Qué...?

RAF. Que en mi deseo de dar nombre a ese niño, no lo pone todo el cariño que su madre me inspira; pone mucho también él mismo. Él ha sabido conquistar por sí solo mi corazón.

M. ISA. ¿Es de veras?

RAF. No hay nada que arraiga tanto como un niño enfermo. ¿Quién puede ver con ojos serenos a un ser débil y desvalido que sufre, aunque sea sin darse cuenta de su propio sufrir? Así he visto yo a ese pobre niño durante muchos días. ¡Y me daba una pena mirarle solo; entregado por necesidad a manos mercenarias; próximo a morir—porque el ángel de la muerte llegó a rozarle con sus alas—sin que le despidieran de la vida los besos maternales...! Acaso le salvó su misma desventura; acaso no murió porque a Dios le parecía impío que volviera al cielo sin llevar en su frente el calor de los labios de la que le dió el ser... Le aseguro que contemplándole un día y otro día luchando contra la enfermedad, que parecía no querer perdonarle, llegué a olvidarme de usted para pensar en él solamente. "¿Y esta criatura va a morirse así?—pensaba—. Y si salva, ¿vivirá condenado a la orfandad, al desvalimiento, a no tener nombre...? Y al pensarlo sentía el impulso de darle el mío, de decirle: "Ya tienes padre", pero no por ser hijo de usted—se lo repito—, sino porque el corazón me lo pedía a voces al mirarle tan bello, tan inocente... tan desgraciado!

M. ISA. *(Conmovidísima.)* Calle usted por Dios, Rafael, se lo ruego, porque al mostrarme toda su grandeza me deja sin fuerzas para resistirle.

RAF. ¿Por qué me resiste entonces?

M. ISA. Porque puede llegar un día en que se arrepienta de su sacrificio, y porque yo no me juzgo libre, sino ligada a un recuerdo al que quiero ser fiel.

RAF. Usted debe acceder a lo que le pido, María

Isabel, y si se niega yo la ofrezco resignarme sin protestar, con una sola condición.

M. ISA. ¿Qué condición?

RAF. Que ha de reiterarme su negativa en presencia de su hijo.

M. ISA. ¿Eh?

RAF. Vamos a verle juntos, y si contemplando a ese niño insiste usted en rechazarme, le doy mi palabra de honor de que no volveré a importunarla.

M. ISA. ¡Rafael!

RAF. Pero allí no me rechazará, estoy seguro.

M. ISA. Es usted cruel conmigo.

RAF. Debo serlo. Defiendo mi felicidad y la de usted, María Isabel. *(Cogiéndole de la mano y emocionadísimo.)* Venga usted a negarse a mi ruego ante la cuna de su hijo...

M. ISA. ¡Rafael!...

RAF. Es decir... *(Haciendo mutis con ella por la derecha.)* ¿Me deja usted que diga una vez siquiera "ante la cuna de nuestro hijo"? *(Se van.)*

CAR. *(Por la izquierda, con el tintero y la pluma que se llevó Hipólito.)* Han derramado el tintero, han puesto el mango que no hay por dónde cogerlo, y como el angelito sacudía la pluma, así, como si estuviera en un cortijo, me ha echado dos chapones en la colcha que voy a necesitar diez limones para quitarlos. ¡Dios nos coja confesados! ¡Qué ama, qué marido del ama, y qué hermano... lácteo del ama...!

FELIPI. *(Entrando por la puerta del foro con don Mario.)* Ya debe estar aquí, me dijo que venía delante de nosotros. Buenas tardes.

CAR. ¡Oh! Don Mario...

MARIO. ¿Qué tal, Carmen, cómo va?

CAR. Muy bien y para servir al señor.

FELIPI. ¿Usted conoce a mi nieto, a Rafael?...

MARIO. Seguramente no le conoce...

CAR. ¿Ese Rafael es uno que se llama Paquito Sanjuán?

FELIPI. Señora, piense usted lo que dice: si se llama Rafael, ¿cómo va a llamarse Paquito Sanjuán?

CAR. Tiene usted muchísima razón, y usted me perdone; pero es que ha estado aquí hace un momento ese Paquito Sanjuán y me ha dejado que ni siquiera sé lo que digo.

MARIO. *(Muy extrañado.)* ¿Que ha estado aquí...?

FELIPI. No le extrañe; habrá venido a ver al ama del chico, para la que tenía no sé qué recado...

CAR. Sí, señor; a verla ha venido, y ojalá se hubiera quedado en su casa. ¡Angelito!

FELIPI. *(A don Mario.)* ¿Está usted viendo? Cuando le digo a usted que esa criatura es el caballo de Atila...

MARIO. Usted le tiene un poco de manía, don Felipito.

FELIPI. Bueno, haga usted el favor de averiguar si está con las señoritas o con el señor mi nieto, el señorito Rafael, y dígale que estamos aquí aguardándole.

CAR. Sí, señor. *(Se va por la puerta de la derecha.)*

MARIO. No sé cómo Rafael, conociendo lo que sucede...

FELIPI. ¡Bah!

MARIO. Para perdonar lo que él perdona hace falta tener un alma muy grande, don Felipe.

FELIPI. No. Basta con que sea muy grande el cariño. Claro, que usted, de estas cosas del corazón... dicho sea con todos los respetos, no entiende gran cosa.

MARIO. Me dice usted eso precisamente cuando menos lo merezco, porque el proceder de su nieto me ha conmovido.

FELIPI. *(Extrañado.)* ¿Conmovido usted?... Yo creía que ese verbo no existía en su diccionario.

MARIO. Pues existe. Yo reconozco mi... sequedad; pero no creo que me juzgue usted con un alma tan dura que me considere incapaz de enternecerme alguna vez. Lo que hace Rafael es una cosa admirable...

FELIPI. Vuelvo a decirle que para quien quiere de veras eso no es sacrificio. Otro mayor, mil veces mayor, tiene usted a su lado, y no se ha da-

do cuenta siquiera. Y ése sí que es un sacrificio sublime, don Mario.

MARIO. ¿Eh? ¿De quién me habla?

FELIPI. De Rosalía, que hace mucho tiempo que adora a Rafael, porque es adoración lo que por él siente; que se figuraba que él también estaba enamorado de ella; que cifraba en ese cariño toda su felicidad y que al saber que a quien quiere mi nieto es a su hermana, ahoga en su pecho el egoísmo y le empuja a sus brazos y concierta su boda... Y todo esto sin esfuerzo, casi con placer, como si no supiera que, al trabajar por la ventura ajena, labra su propia desventura...

MARIO. ¿Rosalía hace... eso?

FELIPI. Como la cosa más natural del mundo.

MARIO. Entonces... yo soy el único que no sabe sacrificarse...

FELIPI. Si lo reconoce, ya empieza a saberlo.

GASP. *(Entrando en escena por la izquierda.)* ¡Mario...! ¡Por fin...! *(Abrazándole.)* ¿Accedes, verdad...? Nuestro nieto va a tener nombre y hogar... Rafael lo recibe como hijo verdadero en el suyo.

MARIO. ¿Y eso te produce tanta alegría a ti, que cifrabas la felicidad en tenerlo a tu lado?

GASP. Se trata de su bien, no del mío. Hay otros goces que los que inspira el egoísmo. Ya lo estás viendo... Voy a perderlo, es decir, voy a ser desgraciado, y sin embargo estoy llorando de placer...

MARIO. Me humilla tu grandeza de alma, Gaspar.

GASP. *(Extrañado del tono en que le ha hablado don Mario.)* ¿Eh...?

MARIO. Sí, no te extrañe: estoy conmovido. *(Por la puerta de la derecha entran en escena María Isabel, Rosalía y Rafael.)*

M. ISA. *(Un poco avergonzada.)* ¡Rafael...!

RAF. Me ha autorizado usted, ¿verdad, Rosalía?

ROSA. *(Un poco emocionada.)* Sí, yo soy testigo.

RAF. Don Mario, ya sabrá usted cuál es mi deseo...

MARIO. Sí.

RAF. Yo quiero a María Isabel, y le suplico que me conceda su mano.

ROSA. Yo también te lo suplico, padre.

MARIO. *(Conmovidísimo.)* ¿Tú...?

ROSA. *(Rota la voz.)* Sí.

MARIO. *(A Rafael.)* No puedo negar, Rafael, que su petición me hace dichoso. Si ella accede...

RAF. Ella ha accedido ya delante de su hijo. ¿Verdad, María Isabel?

M. ISA. Sí.

MARIO. *(Mira a Rosalía, ve que ésta sonríe y llora al mismo tiempo, y emocionadísimo acude a ella enjugándose los ojos.)* ¡Rosalía!

ROSA. *(Viéndole llorar y abrazándose a él.)* ¿Eh? ¡Padre...! ¡¡Tú!!

MARIO. *(Comiéndose las lágrimas. Muy aparte a ella.)* ¡Calla...! Es que tu sacrificio...

ROSA. ¡Qué feliz me siento, padre de mi alma...!

MARIO. ¿Por haber hecho venturosa a tu hermana?

ROSA. No. Por ver lágrimas en tus ojos... ¡Al fin lloras!

TELÓN